

CARGAMENTO para el INFIERNO
V. A. CARTER
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

V. A. CARTER

CARGAMENTO PARA EL INFIERNO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

-¡Dennison!

Ellis alzó la cabeza, mirando por encima del hombro hacia la enrejada puerta de la celda. Al otro lado, una pareja de guardianes esperaban que contestara.

-¿Qué hay? ¿No podéis dejarme en paz, ni a estas horas?

-¡Levántate! ¡Hay traslado!

Ellis Dennison rió torvamente.

-¿Tenéis miedo de que me escape... o es que hay fuego? ¡Ya llevo tres cambios de celda en menos de diez días! ¡Esperad a la mañana!

-¿Sales... o entramos nosotros? -amenazó el guardián que hablara antes, viendo que Dennison volvía la cabeza hacia el muro, como disponiéndose a seguir durmiendo.

El preso vaciló un segundo y, por fin, con un ágil movimiento, quedó sentado sobre el borde del camastro.

Aquella prisión no había cambiado gran cosa desde que fuera construida Dios sabe cuántos siglos atrás: gruesos muros, puertas y ventanas enrejadas por todas partes, altísimas murallas alrededor del recinto... esto en cuanto a apariencia; porque los antes gruesos barrotes eran ahora mucho más endebles... en apariencia. La realidad era que nada de tamaño superior a un mosquito podía entrar ni salir sin que ello se supiera en el mismo instante por cuatro o cinco medios a la vez. Las clásicas huidas de la antigüedad eran imposibles aquí: una bomba atómica apenas hubiera hecho mella en un tabique o pavimento; no había soplete capaz de cortar aquellos barrotes, que resistirían el empuje de un tanque. Células fotoeléctricas, redes invisibles de detección... En fin, la única forma de salir de allí era por las buenas: contando con la oportuna autorización... y aún así llegó a darse el caso de que un individuo con la condena cumplida demorase en tres días su libertad porque su grupo sanguíneo no coincidía con el que constaba en su ficha. Luego se comprobó que todo había sido un error.

Pero este error demostraba que, para salir de la prisión de Alcatraz, frente a las Puertas de Oro en la Bahía de San Francisco, no bastaba que coincidiera el rostro con la fotografía, o las huellas dactilares con las del archivo. *Había que ser* el interesado.

Mientras pensaba en todo aquello, Dennison había terminado de recoger sus escasas pertenencias, metiéndolas en el pequeño saco de viaje. Luego se volvió hacia los carceleros.

-Cuando queráis, muchachos -sonrió alegremente, pasado ya el mal humor de que le hubieran despertado cuando más a gusto dormía.

-¡Vístete! -rezongó uno de ellos-. ¡No vas a salir en pijama!

-¿Salir? -la alegría se esfumó de las facciones de Ellis para ser sustituida por una expresión de asombro. Pero sólo fue un instante-: ¿Se ha reconocido que todo fue un error, y me dejan en libertad?

Los dos guardianes rieron a coro. Sus carcajadas resonaron por el corredor, alzando algunas protestas de los demás ocupantes de las celdas.

-¡Silencio! -gritó uno-. ¿Es que ni siquiera se puede dormir tranquilamente en esta pocilga?

El presidio no tenía nada de pocilga en el aspecto sanitario. Una bacteria hubiera encontrado insalvables obstáculos para penetrar en su interior.

-¡No! -dijo un guardián, algo irritado, en respuesta a la pregunta de Dennison-. ¡Y date prisa! ¡Ya estamos perdiendo mucho tiempo!

El recluso hurgó en su saco, y extrayendo el uniforme, se lo endosó. Luego giró hacia el pequeño lavabo.

-¡Déjalo! ¡No vas a ningún concurso de belleza!

Dennison se encogió resignadamente de hombros y, echándose a

cuestas el exiguo equipaje, caminó hacia la puerta. Segundos después desfilaba por los corredores y escaleras precedido por uno de los carceleros, mientras el otro cerraba la marcha.

En el pequeño embarcadero se hicieron cargo de él varios uniformados policías, y poco menos que le desnudaron para convencerse de que era él y no otro. Luego le hicieron subir a una pequeña aeronave, en unión de otros tres presos, encerrándoles en un departamento aislado, sin comunicación alguna con el exterior.

El viaje fue largo y aburrido. Dennison, sin mantenerse en adusto silencio, se las arregló para no entrar en conversación con sus forzosos compañeros de viaje, limitándose a contestar con monosílabos o frases lo más cortas posibles a las preguntas de ellos. Tenía una especial habilidad para ver, oír y callar sin que los que estaban a su alrededor se dieran cuenta, y la mayor parte de las veces quedaban convencidos de que el peso de la conversación había recaído sobre él, cuando en realidad era todo lo contrario.

Por fin arribaron a su destino. La primera impresión que captó Ellis fue que el sol estaba bastante alto sobre el horizonte, indicio de que habían volado hacia el Este. Por lo demás, ignoraba en absoluto dónde podrían encontrarse.

Les hicieron apear de la aeronave celular, y entonces supo cual era el lugar de su nuevo destino: estaban en un espaciopuerto pequeño, tal vez el de Smithville, cerrado a la navegación comercial, y el próximo mundo que pisara sería un infierno. No tenía ni idea de la forma que revestiría, pero un infierno al fin y al cabo. Tal vez con una gravedad tres o cuatro veces mayor a la de la Tierra; quizá un asteroide perdido en cualquier rincón de la Galaxia, sin aire libre; posiblemente un planeta totalmente cubierto por las aguas o rodeado de una atmósfera letal, compuesta de cloro, metano o cualquier otro gas tan irrespirable como éstos. Y no precisamente para estar allí metido en una celda o paseando por un reducido espacio; nada de eso. Tendría que trabajar, y trabajar de firme. Pocos regresaban luego de una condena de diez años como la que le había correspondido a él.

Porque era muy difícil que con su apelación hubiera conseguido que se la rebajaran; ignoraba aún el fallo, pero el hecho de que le trasladaran era indicio de que se había pronunciado. Tal vez lo habían emitido precipitadamente para que pudiera salir él con la expedición mensual.

Les hicieron caminar unos pasos hasta encontrarse debajo de la panza de la colosal astronave militar. Una sección de ésta se desprendió, formando un ascensor, y pocos instantes después eran conducidos por un dédalo de pasillos hasta su nuevo alojamiento.

Una nueva revisión antes de cruzar las puertas que les guardarían hasta su destino, les hizo demorar varios minutos.

Dennison clavó los ojos en el hombre que, de pie tras el que comprobaba las filiaciones, parecía supervisar la operación.

¡Nick Sutter!

El otro no le había visto. Mantenía la vista baja, observando el movimiento de los papeles sobre la mesa, y de vez en cuando alzaba los ojos para asegurarse de que algún detalle de la documentación coincidía con el nombre examinado.

-¿Nombre? -repitió el que estaba sentado.

-Dennison, Ellis -dijo éste al darse cuenta de que le preguntaban a él. No apartó la mirada de Sutter.

Este se sobresaltó violentamente al escuchar el nombre, y se quedó mirando con fijeza al presidiario.

-¡Ellis! -exclamó-. ¿También tú vienes con nosotros?

-Hola, Nick -repuso Dennison con su tenue sonrisa-. Pues... si *vosotros* viajáis en este cacharro, eso parece.

-Tenemos que hablar -Sutter se interrumpió al ver las miradas de curiosidad de los demás presos, e incluso del que se sentaba a la mesa y los guardianes que rodeaban a todos-. Bien, déjelo, Hunter. Es él.

-Como quiera -Hunter se encogió de hombros, y encendió un cigarrillo.

Los guardianes hicieron pasar a Dennison y los demás por las puertas metálicas, cerrando tras ellos.

Se trataba, simplemente, de un pasadizo con una especie de pequeñas celdas a un lado y otro. No habían puertas que cerraran los departamentos, y cada cual escogió el que le pareció mejor... aunque todos eran iguales: un camastro empotrado en los paneles que formaban los lados, el cual, al ser colocado en posición de utilizar, no dejaba espacio para otra cosa. En igual forma había una pequeña mesita para escribir o comer solo el que no quisiera hacerlo en el comedor con el resto de sus compañeros, y un taburete. Las duchas estaban al final, y eran comunes para todos.

Ellis arrojó su saco de viaje dentro del pequeño armario, y se tumbó en la cama, con los ojos clavados en el techo.

Como lo hiciera muchas veces con anterioridad, pasó revista a los acontecimientos que le habían llevado a aquella situación.

Recordaba, como si hubiera ocurrido el día anterior, aquella noche en que citó en su departamento a Nick Sutter, compañero de trabajo y casi el único amigo relativamente íntimo que había tenido en su vida.

-He adquirido un nuevo libro, Nick. Según parece es una primera edición de la *Crónica de la exploración de Sirio y sus planetas*, y quiero que lo comprobemos entre los dos.

Ambos amigos compartían la afición por los libros que trataban de los primeros pasos del hombre en la conquista de las estrellas.

-Está bien -había contestado Sutter, haciéndole una mueca por el

visófono-. Espérame esta noche a las ocho.

-Aquí estaré.

Pero no pudo acudir a tiempo. Nick llevaba cerca de una hora esperándole cuando, por fin, apareció él en su casa.

E inmediatamente, sin acordarse para nada del libro que había ido a ver, le espetó:

-¿Qué es esto? -exhibiendo una pistola paralizante de modelo casi desconocido en la Tierra.

Dennison, que estaba de espaldas a él, dirigiéndose hacia el estante donde había guardado el libro, se volvió sorprendido.

-Una pistola, naturalmente -repuso. Pero su voz no tenía la firmeza normal en él.

-Es de las que utilizan los de la *Sagitarii*. No hay muchas así en la Tierra. ¿Y este libro de claves? -exhibió uno pequeño, que apenas se notaría dentro de la mano cerrada.

-No parece muy correcto lo que haces, Nick -evadió Dennison-. ¡Aprovechar la ausencia de un amigo para registrar su casa!

Sutter se había levantado de la butaca en que estuviera, aproximándosele enfurecido.

-¡No he registrado nada, Ellis, y tú lo sabes! Fui a echar un trago en vista de que no llegabas, y me encontré con esto. ¿Vas a decirme de una vez *por qué* está en tu poder?

-Lo encontré en la vivienda de aquel individuo a quien capturé la semana pasada. Pensaba entregarlo en jefatura, pero antes he querido estudiar un poco las claves por si sacaba alguna luz de ellas.

-No me parece un argumento muy sólido -afirmó Sutter-. Voy a denunciarte.

-¡Tú no harás eso, Nick! ¡Te he dicho la verdad! Podrá ser un error por mi parte, pero sabes muy bien que yo no...

-¿Me acompañarás por las buenas, Ellis? -Sutter daba por terminada la discusión-. Tú mismo dijiste no hace muchos meses que los de la banda *Sagitarii* debían tener contactos en las altas esferas, incluso entre la policía. El jefe decidirá lo que haya que hacer contigo. Personalmente me inclino por creer lo que me dices, pero ¡comprende mi situación!

-Sí... -reconoció amargamente Dennison-. El deber...

Salieron, sin acordarse para nada del famoso libro, culpable indirecto de lo ocurrido. Una amistad de largos años quedaba destruida para siempre.

No le había valido a Ellis Dennison su inmejorable hoja de servicios, ni la alta estima en que se le tenía en el Cuerpo. Dos días después era un simple ciudadano particular, estigmatizado por la sospecha de traición, expulsado del I.B.I. (*Interestellar Bureau of Investigation*), y sujeto a férrea vigilancia de por vida. ¡Y aún le dijeron que podía dar gracias a sus

magníficos antecedentes, lo que le permitía eludir una acusación firme! De haber estado seguros de su culpabilidad, nada hubiera evitado su destierro a cualquier planeta olvidado en el extremo opuesto de la Galaxia.

Ellis Dennison, hasta entonces uno de los mejores agentes del I.B.I., con éxitos en casi cada rincón del Universo conocido, se encontró repentinamente en la calle. Durante varios días se vio sometido al tormento de que le siguieran a todas partes un grupo de sabuesos novatos, incapaces de disimular su presencia a un hombre acostumbrado a ejercer él mismo tales misiones.

Y, de pronto, un día desapareció.

Era imposible... para otro que no fuera Ellis Dennison. Pero éste no sólo pudo esquivarles, sino que, provisto de una tarjeta de identidad falsificada por él mismo, se presentó en Beta Orionis III, y al abandonar el planeta llevaba consigo por valor de diez millones en diamantes de Orion. Un nuevo criminal había surgido.

Pero un criminal astuto, escurridizo; un Arsenio Lupin de la Era Galáctica, con toda la experiencia acumulada en diez años de perseguir criminales. Y sin cómplices. Ningún dispositivo de seguridad era bastante bueno para detenerle, a él cuyo entrenamiento le permitía conocerlos todos a la perfección, con sus debilidades.

Una amargura infinita guiaba sus acciones. Casi odio contra lo que amó intensamente en otros tiempos. Sed de venganza por la sucia faena que le hizo el Servicio. Así lo calificó el Tribunal que le sentenciara a diez años de trabajos forzados cuando, por una verdadera e imprevisible casualidad, fue detenido seis meses después: una avería en el vehículo que le conducía al espaciopuerto de Deneb I... una astronave de pasajeros que salía sin uno de ellos... Y todo el plan, cronometrado al segundo, se vino al suelo. Aún logró escapar, regresando a su base de operaciones en la Tierra, reapareciendo ante los ojos de sus indignados vigilantes, que no lograban explicarse cómo de vez en cuando desaparecía su presa por una temporada, para volver a presentarse ante ellos cuando más desesperados andaban buscándole. Pero esta vez pudieron averiguar que había abandonado la Tierra; se relacionaron sus frecuentes desapariciones con la comisión de grandes robos o estafas por el nuevo criminal de guante blanco... y la carrera de Ellis Dennison conoció un final fulminante.

Aquí se encontraba ahora, a bordo del *Alpha Persei*, uno más entre los dos o trescientos convictos que embarcarían en el transcurso de pocas horas.

En dos ocasiones formó parte él mismo de la escolta de expediciones semejantes. Ahora se hallaba en la acera de enfrente, ¡y su ex-amigo Nick Sutter estaba encargado de vigilar que acabara de hundirse para siempre!

CAPÍTULO II

Ellis Dennison franqueó la formidable puerta de hiper-acero que separaba el departamento de los presos del resto de la astronave. Llevaban cuatro días de navegación, y el que le ordenaran salir de allí era totalmente irregular; las ordenanzas lo prohibían de plano, salvo en casos muy graves.

Dos tripulantes, armados hasta los dientes, le esperaban. Sin un solo gesto, uno de ellos echó a andar, seguido del preso, y el otro les siguió.

Caminaron muy poco antes de que le hicieran seña de que penetrara por una estrecha puertecilla. Un ascensor les dejó varios pisos más arriba, y finalmente se encontró completamente solo en una pequeña estancia, sin más salida que la puerta por donde entrara. No tenía la menor duda de que los dos hombres que le escoltaran se habían quedado allí para impedirle que se marchara antes de lo previsto.

Dennison se dejó caer sobre una de las butacas, que inmediatamente se adaptó a la forma de su cuerpo. Tomó un cigarrillo de un paquete que había allí, y estaba expeliendo las primeras bocanadas de humo cuando hizo su aparición Nick Sutter.

El recién llegado era casi tan alto como él mismo, moreno y de ojos negros, bien que Ellis era rubio y con ojos azules.

Sin una palabra de salutación, se sentó frente al preso.

-Eres muy listo, Ellis... Mucho más de lo que yo había creído en todos los años que hemos trabajado juntos.

-Eso no dice mucho en favor de tus dotes de observación -repuso Dennison, una tenue sonrisa bailándole en los labios y en los ojos azules de cándido mirar.

-Varios de tus compañeros de viaje han tratado de entablar amistad contigo. Te han hecho confidencias, y tú las has escuchado; pero aunque creen saber mucho sobre ti, yo sé que prácticamente no has pronunciado palabra. Es tu sistema.

-Acabas de decir que no soy tonto, Nick. No quiero mis secretos publicados a los cuatro vientos... y en el departamento-prisión hay micrófonos y *ojos* de televisión por todas partes.

El policía asintió silenciosamente.

-¿Dónde tienes oculto el producto de tus hazañas? -preguntó de improviso.

Dennison parpadeó.

-¿Hay *oídos* aquí también? -interrogó, paseando la vista en derredor con exagerado gesto cauteloso.

-No, no los hay. Puedes hablar con franqueza.

Ellis soltó una carcajada.

-¿Crees que te lo voy a decir, *a ti*?

Sutter enrojeció violentamente al comprender que el otro le tomaba el pelo. Por un instante había olvidado las respectivas posiciones que ambos ocupaban, para acordarse solamente de la antigua amistad que les uniera.

-No te lo tomes a pecho, Nick. Ha sido sólo una broma -Ellis sonrió, e inclinándose dio unas palmaditas en la rodilla de Sutter-. En mi opinión no has perdido nada. Sigo considerándome tu amigo, y aún te admiro más porque no vacilaste en sacrificar lo que nos unía en aras del deber. Te equivocaste entonces, pero fue un error del que ninguna culpa te cabe.

-Gracias, Denny -volvió a darle el nombre con que le tratara siempre-. ¿Por qué tuviste que dedicarte después a... lo que te ha traído aquí? A no ser por esto, tengo la seguridad de que te habrían readmitido muy pronto, ya que las pruebas no podían ser más endebles y circunstanciales. Estoy seguro de que no tardaremos en destruir a la banda *Sagitarii*, y entonces se descubrirá con certeza que tú no has tenido jamás contacto alguno con ellos. Ahora, en cambio...

-Ahora, en cambio -le remedó Ellis-, tengo alrededor de noventa millones en piedras preciosas y otros objetos fácilmente negociables en cualquier parte de la Galaxia, entre los cuales se encuentra una substanciosa cantidad en billetes de banco. Supongo que habrás husmeado en el sumario, comprobando que no se ha podido saber nada de mi tesoro. Y ahora te aclaro que ni las drogas, ni la hipnosis, pueden obligarme a decir lo que yo no quiera. Tal vez no sepas que existen procedimientos para acondicionar la mente de una persona. La misma tortura física traería sólo como consecuencia el que lo olvidara yo mismo, en cuyo caso podíais abandonar toda esperanza.

-¡Esperanza! ¿Y qué esperanza tienes tú de disfrutar alguna vez del producto de tus robos? -Sutter estaba irritado. Se veía en la forma en que pronunciara la última palabra-. ¡Dentro de diez años, cuando recuperes la libertad si es que has conseguido sobrevivir a las penalidades que te aguardan, serás un anciano caduco físicamente, aunque por la edad sigas siendo joven!

-¿Y qué gano diciéndotelo? ¿Una rebaja de un par de años en la condena? No me encontraré en mucho mejor estado al final. Al menos así, viejo, casi impedido físicamente, podré darme la gran vida. Tal vez incluso pueda someterme a alguna operación rejuvenecedora... ¿Quien sabe? Sin dinero sé seguro que no podré hacer nada... Decididamente, Nick, me callo. No insistas.

Una amplia sonrisa distendía sus facciones al pronunciar las últimas frases.

-Si confías en escapar por algún medio, ya puedes empezar a olvidarlo, Ellis. De *Hell's Corner* no se sale.

Dennison no pareció inmutarse al conocer su destino.

-*Hell's Corner*... el Rincón del Infierno. ¿De modo que ahí vamos? ¡Bonito lugar para unas vacaciones!

Un planeta pequeño, casi en contacto con la estrella alrededor de la cual giraba. Las elevadísimas temperaturas de su superficie eran capaces de convertir en vapor y un montoncito de polvo a cualquier ser viviente que se aventurase a enfrentarlas al descubierto. Ningún traje espacial, por muy protegido que estuviera, lograba hacer cómoda, ni siquiera soportable, la vida en semejantes circunstancias. Los hombres envejecían años en pocos días, apergaminándoseles la piel, que acababa por saltar en costras. La deshidratación era congénita en todos ellos, y el agua no era nada abundante, debiendo ser transportada en astronaves desde distantes planetas.

-Saldré, no lo dudes, Njck. Dentro de un año te enviaré un recordatorio desde Sirio. Hazme saber si cambias de domicilio.

-¿Quieres decir con eso que, efectivamente, perteneces a la banda *Sagitarii*?

-No quiero decir nada, sino lo que has oído. El pensamiento es libre y tienes mi permiso para hacer las deducciones que quieras. ¿Deseas algo más?

Se levantó, como dando a entender que, por su parte, la entrevista había concluido. Sutter siguió inmóvil.

-No te conozco, Denny. Jamás hubiese creído que un hombre pudiera ser tan hipócrita como fuiste antes, o que cambiara tanto como pareces haber cambiado tú. ¿Qué eres, en realidad?

-¿Tienes ahí fuera el par de esbirros que me han traído? Tengo sueño y quisiera regresar a mi alojamiento.

Sutter vaciló un instante.

-¡Espera un poco, Denny! Antes has dicho que seguías siendo mi amigo. Es posible que no volvamos a encontrarnos más, y no quisiera que hubiesen malos entendidos entre nosotros. Hablemos de lo que te parezca mejor... al margen de lo que soy yo y eres tú ahora. Estoy dispuesto a ayudarte en lo que esté en mi mano.

Dennison recuperó el asiento.

-No te molestes por mí, Nick. Me disgustaría comprometerte... aunque sé que en tu ofrecimiento no entra la idea de facilitarme la fuga. Tengo todas las necesidades cubiertas, y...

Se interrumpió al percibir una violenta conmoción bajo sus pies. Las invisibles luces parpadearon un par de veces, pero no llegaron a extinguirse.

-¿Qué ha sido eso? -preguntó Sutter. Dennison se encogió de hombros, dando a entender su ignorancia-. ¡Espera un momento! Voy a preguntar lo ocurrido, y vuelvo enseguida.

Salió, dejando la puerta entornada. Dennison pudo ver el uniforme de uno de sus guardianes en el otro lado.

Un minuto transcurrió, y Sutter no regresaba. Ellis tomó otro cigarrillo, dio una chupada y el producto químico que tenía en el extremo hizo arder el tabaco. Se experimentaba una sensación extraña que el convicto no podía definir.

Sus ojos se clavaron en la esfera de humo que iba formándose alrededor del cigarrillo que mantenía inmóvil entre sus dedos. Sopló hacia allí, y el humo se dispersó, yendo a agruparse un poco más lejos. Entretanto una nueva nubecilla se acumulaba en torno a la brasa...

Y de pronto se apagó el cigarrillo.

Sólo una fracción de segundo tardó ahora en comprender lo que significaba aquello. ¡El campo gravitatorio artificial de la nave había dejado de funcionar! ¡Y también el sistema renovador de aire!

Oyó un grito en el exterior. Era una angustiosa petición de auxilio, que estuvo a punto de hacerle saltar hacia la puerta en instintivo impulso de acudir en ayuda de sus guardianes.

Se contuvo, sabiendo los peligros a que se exponía. Con mucho cuidado de no realizar ningún movimiento demasiado brusco, saltó levemente. Un corto vuelo le dejó agarrado al quicio de la entreabierta puerta corrediza. Terminó de abrir, y asomándose vio a los dos desgraciados tripulantes debatiéndose en el aire, agitando locamente brazos y piernas en una tentativa de asirse a algún lado.

Había una barandilla a lo largo de las paredes, puesta en previsión de algún accidente de esta clase. Dennison se deslizó por ella hasta llegar a la altura de uno de los hombres, y alzando su cuerpo en hazaña atlética que hubiera parecido imposible en un medio de gravedad normal, se extendió casi en línea horizontal permitiendo que el flotante guardián se le agarrara a los pies. Luego realizó una torsión, y en breves segundos el asustado tripulante se asía con todas sus fuerzas a la barandilla salvadora; un instante después se le reunía el otro compañero.

A lo lejos Dennison escuchaba algunos gritos. Dejando atrás a sus aterrados guardianes, que no se preocupaban poco ni mucho de él, se precipitó pasillo adelante.

En aquel momento entró en acción el circuito de altavoces de la nave:

-¡Atención! ¡Atención! -rugió la voz de un desconocido locutor. Se percibía en ella la temblorosa nota de un terror causado por el inesperado accidente-. Una ligera avería ha cortado el campo gravitatorio artificial: ¡Que todo el mundo procure sujetarse a algún objeto fijo contra las paredes o el suelo!

-¡Vaya, hombre! -dijo Dennison en voz alta, riendo sardónicamente-. ¡Ya era hora de que avisarais! ¡Solamente se habrá roto la cabeza la mitad

de la tripulación!

No era nada fácil aquel acrobático avanzar cogiéndose solamente con las manos mientras los pies se agitaban locamente en el aire. El cuerpo de Dennison había perdido todo el peso, pero la inercia seguía siendo la misma, y más de una vez estuvo a pique de quebrarse una muñeca al frenar un impulso demasiado violento que le precipitaba contra algún objeto demasiado duro para que se arriesgara a golpearlo con la cabeza,

De improviso se encontró en el lugar de donde partían las voces que le guiaran: Un salón de recreo. Pero aquello parecía en aquel momento la obra de un artista loco. Una docena de personas de ambos sexos flotaban en el aire, en medio de los más dispares objetos, tales como butacas, mesas, copas, vasos, botellas, varias hojas de papel... y muchas más cosas que de momento no pudo identificar.

Un camarero se debatía detrás del mostrador que aparecía en un extremo de la sala, Dennison vio que estaba en un verdadero peligro mortal, ya que le había caído encima el líquido de una botella, adhiriéndosele al cuerpo al atraerlo la débil fuerza gravitatoria de su masa, y se le metía por la boca, narices y oídos, formando una delgada película que impedía respirar al pobre hombre. El desgraciado, moviéndose frenéticamente, había logrado desprenderse de parte de la en otras circunstancias inofensiva bebida, que bailaba a su alrededor en alegres burbujas.

Dennison, sin pensar en que él mismo se exponía al peligro que estaba corriendo el tripulante, saltó hacia allí. El movimiento, calculado a la perfección, le llevó con suavidad al lado del camarero y, frenando su impulso con el mostrador, sacó al hombre de allí para arrastrarlo hasta un lugar libre de las terribles burbujas. Le costó ímprobos esfuerzos sacudir el líquido, que no podía ser absorbido por las ropas de plástico que llevaban ambos, y hubo momentos en que él mismo se sintió al borde de la sofocación ante la necesidad de mantener la boca cerrada para impedir que se le introdujera en ella el licor fuertemente cargado de alcohol.

Cualquiera que viese la escena habría pensado que estaba propinando una soberana paliza al pobre hombre... lo cual era verdad en cierto modo. No era ocasión de andarse con miramientos, y se aplicó con todas sus fuerzas a golpearle, especialmente en la cara, para desprender pequeñísimas gotas que luego alejaba con enérgicos movimientos de los brazos.

Por fin tuvo al hombre jadeante, tosiendo espasmódicamente, pero ya capaz de defenderse por sí mismo. Aún quedaban más personas en peligro, aun cuando no tan inminente como el que había corrido el camarero, y Dennison dio un rápido vistazo a su alrededor buscando alguien a quien prestar ayuda.

Casi todo el mundo estaba a salvo, habiendo logrado sujetarse, algunos

incluso a los artesonados de techo y paredes, ya que ahora resultaba indiferente por no existir los conceptos de *arriba* y *abajo*. Sólo un hombre y una mujer quedaban flotando. Él, de mediana edad, estaba sin sentido, mientras ella hacía frenéticos esfuerzos por acercársele. Pero la muchacha no tenía ni idea de cómo moverse en semejante medio y no lograba resultado alguno. Los demás estaban tan asustados que no se atrevían a soltarse.

De nuevo saltó Dennison. Era arriesgado por la cantidad de objetos que llenaban el aire, pero consiguió llegar hasta las cercanías del hombre. Primero puso a salvo a la muchacha, dejándola encaramada a un saliente de los que disimulaban las luces cerca del techo.

-Quédese aquí -le dijo en un susurro-. Déme la mano.

La chica obedeció. Ellis trató de alcanzar al hombre sin sentido, estirándose tanto como lo permitían sus brazos y los de ella. Le faltaba poco, pero para el caso lo mismo daba que hubiera estado centenares de metros más allá. ¡Y desde su posición actual no podía saltar hacia él, ya que al otro lado no había asidero alguno!

Un pequeño cálculo le mostró un posible medio. Algo arriesgado, pero podía resultar bien.

-Voy a saltar y trataré de cogerle. Supongo que podré regresar hacia aquí con él. Pero, si me desvío algo, procure cogernos a uno de los dos al llegar. ¿Ha comprendido?

La chica asintió con un leve movimiento de cabeza. Se la veía asustada, pero no tanto como para hacerle perder el dominio de sí misma.

-Tenga cuidado -su voz era musical y agradable. Ellis se fijó por primera vez en ella, diciéndose que era verdaderamente bonita.

-Si ve que llegamos directamente sobre usted, apártese. De lo contrario recibiría un buen golpe y podría hacerse daño.

Dennison se dio un leve impulso con las piernas, y con la habilidad de un consumado acróbata surcó los aires, girando sobre sí mismo de forma que al llegar al tabique opuesto detuvo el golpe con los pies. Volvió a empujarse en igual forma, y al regreso cazó al hombre inconsciente, arrastrándolo consigo.

En aquel momento sintió un golpe terrible en la nuca. Multitud de lucecitas empezaron a bailar ante sus ojos, y luchó desesperadamente por conservar la lucidez. El muro se acercaba rápidamente, y como en medio de una niebla pudo ver a la muchacha que extendía un brazo hacia él... Otro choque y la oscuridad descendió sobre el Universo.

CAPÍTULO III

Elizabeth Perkins estaba pasando los peores momentos de su vida. A su lado, sujetándoles como mejor le era posible, tenía a su padre y a aquel desconocido, ignorando si estaban muertos o solamente desvanecidos. El hombre que arriesgara su vida por salvar a Lew tenía una herida en la cabeza, de la que manaba sangre; además se había golpeado fuertemente en el brazo contra la pared, y la muchacha pensaba que también tendría alguna lesión en él.

Con gran esfuerzo para impedir que se alejaran flotando, les dio sucesivamente la vuelta. Ambos respiraban.

Aliviada, se aplicó a retenerlos junto a sí. Al cabo de lo que le pareció un siglo llegaron varios hombres llevando un cargamento de objetos. Eran suelas magnetizadas que permitían andar con cierta seguridad.

La escena que siguió a continuación hubiera hecho reír a la muchacha en otras circunstancias. Los recién llegados comenzaron a descolgar a los atribulados pasajeros, como si fueran frutos maduros. Algunos se resistían a soltarse; otros daban torpemente sus primeros pasos con aquellos zapatos, tropezando al no alzarlos lo bastante, o quedando suspendidos en el aire si los elevaban demasiado...

Por fin le llegó el turno a su grupo. Lew Perkins y Ellis Dennison fueron llevados a la enfermería de la nave. La muchacha trató de seguirles, pero en la puerta le fue impedido el paso por un oficial.

-Lo lamento, señorita. Hay un desbarajuste enorme ahí dentro, y usted no haría otra cosa que estorbar, con todos sus buenos deseos.

-¡Pero se trata de mi padre! -insistió ella.

-Lo comprendo, pero no podemos hacer una excepción con usted.

Lizzie tuvo que apartarse para ceder paso a otra expedición de heridos. Resignada, se encaminó hacia su camarote, y ya tenía una mano sobre la puerta para abrir cuando vio llegar a Nick Sutter.

La chica ignoraba la verdadera misión de Sutter a bordo. Sabía que no era un pasajero corriente, y que tampoco pertenecía a la tripulación; pero debía gozar de cierta autoridad por el modo con que el comandante de la nave y demás oficiales le hacían consultas de vez en cuando,

-¡Señor Sutter! -llamó, viendo en él una tabla de salvación. Tal vez él consiguiera que le permitiesen entrar a ver a su padre.

Nick se detuvo, sorprendido. La muchacha, si le trató hasta ahora en alguna forma, fue con cierto despego. No era que se hubiera mostrado arisca, ni mucho menos, pero tampoco daba demasiadas facilidades. Y era bonita...

-¿Le ocurre algo, señorita Perkins? -se detuvo torpemente, agachándose un poco para contrarrestar el impulso que obligaba a su cuerpo a continuar

desplazándose en el sentido de su marcha.

-Sí... -vaciló ligeramente-. Se trata de mi padre, señor Sutter. Al ocurrir el... accidente nos encontrábamos en el salón. Mi padre ha recibido un golpe y le han llevado a la enfermería. Quisiera verle... saber cómo se encuentra.

-Comprendo... -Nick hubiera querido complacerla, pero su autoridad no llegaba hasta inmiscuirse con el mando de la tripulación-. Va a ser difícil, de momento. No obstante, si quiere acompañarme, ahora me dirigía a hablar con el comodoro Jervis. Trataré de convencerle.

Pero el comodoro Jervis no estaba para ser convencido de nada. Parecía haber enloquecido.

-Lo siento, Sutter, pero ahora no puedo atenderle. Estamos tratando de reparar las averías, y los alcornoques que tengo a mis órdenes no saben dar un paso sin que se les guíe como si fueran ciegos. Espere por aquí cerca, porque seguramente tendré necesidad de hablar con usted cuando esto se haya aclarado un poco.

-¿Ocurre algo... sospechoso, comodoro? -interrogó Nick, ligeramente sobresaltado.

-¿Le parece poco? -y con estas palabras pareció olvidarse de que tenía visita. Sutter y la muchacha le oyeron gritar ante el visófono, mientras salían-. ¿Habéis comprobado el alternador de la tercera sección de... ?

La voz quedó cortada al cerrarse la puerta.

-¡Vaya ayuda la mía! -se lamentó Nick. De pronto recordó algo muy importante-. ¡He de marcharme! Le ruego me perdone, pero con todo este lío había olvidado que dejé a alguien en un sitio donde no debía estar. ¡Es preciso que lleve a ese hombre de regreso al lugar que le corresponde!

-Le acompaño... si no voy a servir de estorbo -ofreció Lizzie. No se trataba de que deseara extraordinariamente la compañía de Sutter, pero era el único amigo que tenía a mano.

-¡De ninguna manera! -se alegró él-. Venga.

Cruzaron por delante de la enfermería. Seguían llegando lesionados. Poco después salían al salón, donde un par de hombres estaban intentando capturar los objetos desplazados que, poco a poco, descendían en dirección a la mayor masa de la astronave, atraídos por la enorme mole de los motores.

Apenas hubieron salido de allí, tropezaron con un apurado tripulante, que se dirigió a ellos con aire de súplica,

-¡Perdone, señor Sutter! No hemos podido impedirlo...

-¿El qué no habéis podido impedir? -se extrañó Nick, no reconociéndole de momento.

-Que se marchara ese hombre. La avería nos ha pillado de sorpresa a Matt y a mí y el preso nos ha ayudado a encontrar apoyo. Luego se ha ido.

-¿Que se ha ido? ¿A dónde? -Sutter empezaba a comprender.

-No lo sé, señor Sutter. Matt y yo andamos buscándolo desde que pudimos hacernos con zapatos magnéticos, pero...

-¿Habéis comprobado si ha vuelto a la prisión?

-Sí, señor. Allí no está.

Sutter se llevó las manos a la cabeza con desesperación.

-¡El loco! ¿Dónde habrá ido? ¿Pensará poder escapar desde aquí?

Lizzie, que había estado observándoles en silencio, se decidió a intervenir.

-¿Ocurre algo grave, señor Sutter?

-¡Que se nos ha escapado un presidiario, señorita! ¡Lo único que conseguirá con eso es empeorar su situación, ya bastante apurada!

-¿Un presidiario? -recordó ahora la extraña vestimenta de su salvador. Desde luego no era el uniforme de un tripulante, ni tampoco la ropa que vestiría un pasajero. Aquel rojo chillón...-. Creo que sé dónde está. Y estoy segura que no ha tratado de huir.

-¿Usted lo sabe? -Nick se encaró con ella, anhelante-. ¿Dónde se ha metido?

-En la enfermería. Sufrió heridas al salvarnos a mi padre y a mí.

-¡Menos mal! -suspiró Sutter, aliviado-. ¡Creí que ese maldito Denny había vuelto a meterse en algún lío!

-¿Qué hemos de hacer, pues, señor Sutter? -demandó el tripulante. Aunque la respuesta le parecía obvia, pensaba que era preferible que otro cargara con la responsabilidad de dar las órdenes.

-Dejadle allí. Ya habrá alguien que le traslade cuando su estado lo permita.

El hombre se alejó en busca de su compañero Matt, satisfecho de que la cosa hubiera acabado así. Hubo momentos en que se vio encerrado en lugar del prisionero.

Sutter y la muchacha regresaron por donde habían venido. A su paso por la enfermería, Nick preguntó a uno de los médicos de a bordo, que salía en aquel momento:

-¿Ha visto al señor Perkins por ahí dentro, doctor? Le han traído con algunas lesiones...

El médico reconoció inmediatamente a la muchacha.

-Acabo de curarle yo mismo -sonrió animador-. No se preocupe, muchacha. Dentro de unos minutos le llevaremos a su camarote, y mañana se encontrará perfectamente. Sólo tiene un chichón regular.

Siguió su camino, olvidándose de ellos apenas les hubo perdido de vista. Lizzie Perkins se decidió. Estaba mucho más alegre, ahora que sabía a su padre fuera de todo peligro.

-Esperaré a Lew en su camarote -dijo.

Sutter quedó algo desilusionado. Le gustaba la muchacha y había confiado en que aquello fuera el indicio de una amistad más profunda.

-¿Volveremos a vernos, señorita Perkins? -preguntó anhelosamente.

-Nos vemos varias veces todos los días -sonrió ella, comprendiendo por dónde iban los tiros-. Supongo que esta noche, a la hora de la cena, volverá a ocurrir. Hasta luego.

Nick se quedó mirándola alejarse con el torpe caminar a que la obligaban los pesados zapatones. Ni aun aquello lograba disimular la felina agilidad de movimientos de la muchacha.

-¡Idiota! -se maldijo cuando ella hubo desaparecido. Luego sonrió para sí mismo, prosiguiendo en voz inaudible-. Poco he de poder si no acaba cayendo en mis brazos. ¡Nick, ésa es la mujer que te han recomendado los médicos desde siempre!

Silbando emprendió la marcha... y a poco mide el suelo al no fijarse en lo que hacía. Otra mujer que pasaba en aquel momento por su lado interpretó mal la melodía, creyendo que iba dirigida hacia ella.

-¡Muchas gracias, simpático! -y siguió adelante, moviendo las caderas. Era una rubia que hubiera llamado la atención en cualquier parte, y Nick estuvo tentado también en más de una ocasión de aproximársele. Rose Callahan lograba inspirar pensamientos malvados en todos los hombres que la veían, haciendo honor a su apodo de *La Llama del Infierno*.

-No iba por ti... pero es porque no te había visto.

Pero Sutter olvidó a las dos mujeres tan pronto estuvo en presencia del comodoro Jervis.

-¿Dónde se ha metido? -inquirió el astronauta, irritado-. ¡Le he dicho que no se alejara!

-No creí que terminase usted tan pronto, señor -en cierto modo, Sutter estaba bajo las órdenes del comandante de la nave. Era un miembro interino de la tripulación, como encargado de la custodia de los presos, aunque su libertad para actuar apenas conocía límites-. Me he estado interesando por un penado que parece haber sufrido lesiones.

-Bien... Ya está aquí, y no se ha perdido nada con el retraso-. Jervis se puso en comunicación con su segundo-: ¡Yosuke! Haga el favor de venir aquí.

-¿Ocurre algo serio... aparte de la avería, señor? -preguntó Sutter.

-Sí. Y más que serio, gravísimo. Estamos perdidos.

-¿Perdidos? ¿Quiere decir... quiere decir que ignoramos nuestra situación?

-No tanto como eso. Con pocos centenares de kilómetros de diferencia, podría decirle la posición del *Alpha Persei* en el espacio. Lo que ocurre es que carecemos de medios para dirigir la nave... y que estamos imposibilitados de comunicar con parte alguna.

Yosuke Hata, el impasible japonés, segunda jerarquía sobre el *Alpha Persei*, hizo su aparición con una carpeta de papeles bajo el brazo.

-¿Hay algo nuevo, Yosuke? -interrogó Jervis.

-En cierto modo, sí, señor. Pero no se alegre demasiado -añadió al ver el cambio de expresión en el rostro de su superior-. No puedo decirle que sean malas noticias luego de las que ya teníamos, pero tampoco son demasiado buenas.

-¡Acabe de una vez! -se impacientó el comodoro-. ¿Qué tiene que decirme?

-Las pilas están completamente destrozadas, señor. Imposible repararlas. Los cuatro motores principales se encuentran en la misma situación. La radio subespacial no funciona en ningún sentido. El...

-¡Basta! -le atajó el comodoro, dando la impresión de que, de un momento a otro, iba a echar espumarajos por la boca-. ¿No sabe más que desgracias?

-Hay una estrella que figura como inexplorada en el catálogo. La RZ Cephei. La tenemos a tres días-luz aproximadamente, y está dotada de un nutrido sistema planetario. Sugiero si podríamos probar suerte con...

-¡Nada de eso! -Jervis amenazaba con hacer estallar las venas de su cuello-. ¡Seguimos adelante hasta nuestro destino en...!

Ahora se interrumpió a sí mismo, al comprobar la enormidad que iba a decir. Sutter, profano en la materia, y apenas con una vaga idea acerca del funcionamiento de la astronave, no sacaba nada en claro de la conversación. La verdad era que no comprendía el porqué de la insistencia del comodoro en que estuviera presente.

-¡Ejemm...! -carraspeó Jervis al cabo de unos instantes-. Creo que la sugerencia es acertada, Yosuke. Con las pilas inservibles, nuestras reservas de emergencia apenas bastarán para dos semanas. Podemos emplear los motores de reserva para dirigir la nave hacia RZ Cephei y aterrizar en algún planeta que nos parezca apropiado. Luego, ya veremos...

Se quedó mirando a Sutter, como desafiándole a que opusiera algún reparo a su plan. Este se arriesgó a formular una pregunta que no creía comprometedora:

-Observo que expresa usted una duda, comodoro. ¿En qué consiste?

-En que no tenemos ninguna esperanza de recibir ayuda. Salvo una imposible casualidad, ni la *Alpha Persei* ni ninguno de los que nos encontramos a bordo lograremos salir jamás del planeta en que descienda la nave.

Glaucia.

Así lo bautizó un tripulante provisto de vena poética. La causa fue el suave color esmeralda que, con distintas tonalidades, podía observarse sobre toda la superficie del planeta. Seguramente que, de disponer de un centenar de años y una nave en perfecto estado de funcionamiento, no les hubiera sido posible hallar nada más parecido a la imagen soñada por un terrestre de los viejos tiempos sobre lo que debía ser el Paraíso.

El nombre cuajó. Y con él fue inscrito en el diario de bitácora por la mano del comodoro Jervis, quien hizo uso de toda su habilidad pendolística para lograr una hermosa letra redondilla.

No fue suave, ni mucho menos, el recibimiento de Glaucia a la primera delegación de la Tierra. El *Alpha Persei*, no diseñado para un aterrizaje por sus propios medios, sin ayuda alguna, y bastante falto de fuerzas a causa de las gravísimas averías que le aquejaban, se precipitó sobre un mar en calma, procurando sesgar en lo posible sobre la superficie... Rebotó, volvió a caer... Dio varios saltos más, y el último de ellos lo llevó a frenar en seco sobre una espesa arboleda que se extendía hasta el límite de las aguas. No hubo que lamentar desgracias personales, salvo algún que otro rasguño y media docena de chichones. Pero la desgraciada astronave quedó tan destrozada que hubiera resultado imposible hacerse una idea de su forma original.

Por fortuna el planeta era muy semejante, en todas sus características, a la Tierra, y los tripulantes y pasajeros no tendrían demasiadas dificultades para sobrevivir en él... supuesto que se adaptaran a prescindir de ciertas... bastantes, comodidades. Pero, de momento, lo que importaba era que todos ellos estaban vivos. Ya vendría más adelante la ocasión de preocuparse.

Hecho el recuento de bajas más o menos graves, el comodoro Jervis, Yosuko Hata y Nick Sutter celebraron consejo de guerra. El último puso sobre el tapete uno de los principales problemas con que iban a enfrentarse:

-¿Qué hacemos con los penados?

Los otros dos le miraron como si no comprendieran la pregunta.

-¡Nada! -rugió el comodoro-. ¿Qué quiere que hagamos? ¿Matarlos a todos?

-No sería solución -afirmó Sutter-. Pero tampoco podemos permitimos el lujo de tenerles encerrados.

-¿Por qué no? -Jervis se encontraba perdido en cuanto le sacaban de los rutinarios problemas del mando de una astronave bien provista de todo lo necesario.

-Olvida usted, comodoro, que las provisiones a bordo son limitadísimas. Que, entre tripulantes, pasajeros y penados, hay que

mantener a unas trescientas personas... ¿Comprende?

Jervis inclinó la cabeza con abatimiento. Ni había pensado en ello.

-¿Qué sugiere usted?

-Yo, nada. Únicamente digo que no podemos asesinarlos, ni tampoco obligar a los demás a que trabajen doble para darles de comer.

Yosuke intervino.

-Sólo queda una alternativa a lo que ha dicho usted, señor Sutter: Darles la libertad. Pero no podemos olvidar que son peligrosos criminales; algunos de ellos han asesinado. Usted, más acostumbrado a tratar con ellos, es quien debe sugerir la forma de establecer un control, de impedirles, cuando estén libres, cometer cualquier atrocidad que se les ocurra.

-Son sólo cincuenta -repuso Nick-. La proporción es de seis a uno. ¿Quién nos impide vigilar su comportamiento? Una reglamentación adecuada, con penas severísimas que se cumplirían a rajatabla, creo que quizá fuera la solución.

* * *

La primera persona con que se encontró Nick Sutter, al abandonar la cabina de mando del comodoro, fue Lizzie Perkins. Más bien parecía que la muchacha hubiera estado esperándole.

-¡Nick! ¿Qué habéis tratado? ¿Hay algún medio de salir de aquí?

-Ninguno, por desgracia, que dependa de nosotros. La destrucción fue completa en todo cuanto pudiera servirnos de algo: radio subespacial, medios de propulsión, naves auxiliares... todo quedó destrozado...

-Supongo que ahora me permitirás hablar con Dennison -era la cantinela con que le obsequiaba cada vez que se veían-. Aún no he tenido ocasión de darle las gracias.

Sutter se sintió encolerizado, como todas las otras veces. Pero, comprendiendo que alguna tenía que ser aquella en que cediera, o de lo contrario ella no lo dejaría nunca en paz, afirmó con una sonrisa que no reflejaba su estado de ánimo:

-Desde luego... Ven conmigo.

La condujo a la misma estancia donde él se entrevistara con Dennison poco antes de ocurrir la catástrofe. Por el camino ordenó a un par de hombres, de los que tenía a sus órdenes, que trajeran al preso.

-No comprendo el interés que tienes por verle -dijo, mientras se acomodaban en sendos sillones-. Es cierto que hizo algo por vosotros, pero en realidad no había gran peligro. Y, al fin y a la postre, Dennison no es más que un presidiario, con la conciencia cargada de crímenes... Un traidor.

-¿Traidor? -ella no sabía nada de esto-. ¿A quién ha traicionado?

-A... -se interrumpió. No debía decirlo, pues ello sería tanto como publicar su propia personalidad de agente secreto-. A sus compañeros. Hizo

algo que, ni entre ladrones, es perdonable.

Se sintió aliviado. Con aquellas palabras no mentía, aunque casi obligaba a la muchacha a creer cosa distinta de la realidad.

Cayeron en un momentáneo silencio. Lizzie no era tonta y comprendió que había tocado un tema desagradable para su compañero. Instantes más tarde aparecía Ellis Dennison en la puerta, vestido con su infamante atuendo rojo.

El ex-agente se detuvo, sorprendido al ver a una mujer cuando esperaba encontrarse únicamente con su antiguo compañero. Sin embargo tardó sólo un segundo en hacerse cargo de la situación. Su memoria era formidable para las caras.

-¡Caramba! -exclamó, sonriendo ampliamente-. ¡Si es *la dama desconocida*! ¡No he podido pasar una sola noche sin que soñara con usted!

La muchacha quedó un poco cortada ante el desparpajo de que daba muestras Dennison. Pero le agradó instantáneamente su carácter.

-Siéntese, señor Dennison -sonrió-. He querido darle las gracias por lo que hizo el otro día por Lew y por mí.

-¿Lew? -arrugó las cejas-. ¡Ah, sí! El caballero que creyó le habían salido alas... ¿Cómo se encuentra?

-Bien, gracias, en parte, a usted. Lew es mi padre.

-Felicítele en mi nombre por tener una hija tan bonita... -se volvió hacia Sutter-. ¡Hola, Nick!

Lizzie miró con sorpresa a ambos. Ignoraba que la amistad entre ellos llegara a tales extremos de familiaridad.

-La señorita Perkins ha insistido en darte las gracias, Denny. Por eso la he traído -observó cómo el penado se dejaba caer en la butaca libre, prendiendo inmediatamente fuego a un cigarrillo-. Yo también quiero hablar contigo.

-Si molesto... -sugirió la muchacha, mostrando bien pocos deseos de marcharse.

-¡De ninguna manera! -se opuso Dennison-. Nick va a proponerme que me fugue y quisiera tener testigos de que es mi cómplice, para en el caso de que me fueran mal dadas. ¡Quédese, por favor!

-Siempre con tus bromas... ¿Cuándo vas a tomar en serio tu situación, Denny?

-Cuando sea seria -repuso el otro con aplomo-. He oído decir que hemos embarrancado. ¿Es cosa de echarse a llorar y prepararnos para hacer de Robinsones, o, por el contrario, debemos tomarlo en plan de juerga porque, de un momento a otro, llegará la expedición de rescate?

-Nada de eso. Estamos aquí... para toda la vida.

Dennison no pareció inmutarse.

-¡Espléndido! ¿Tienes buscada tu Eva? Porque yo me quedo con ésta...

-señaló con la cabeza hacia Lizzie.

Ella enrojeció ligeramente, pero no pudo enfadarse. La simpatía de Dennison era arrolladora.

-Vamos al grano -insistió Sutter-. Tengo una misión para ti. Confío en que no me harás quedar mal.

-Me considero aún amigo tuyo... aunque ello no sea un gran honor, ni una recomendación que te favorezca -afirmó Ellis con toda seriedad-. Sabes que nunca he dejado en mal lugar a un amigo.

-Por eso he decidido encargarte de la jefatura de todos los penados. Vamos a soltaros. Tú me respondes de su comportamiento... Naturalmente que estaréis vigilados y, desde el primero hasta el último, habréis de cumplir las órdenes de mis hombres; pero alguna vez habréis de actuar con cierta libertad. Tú estarás en contacto directo conmigo para cualquier queja que tengáis. ¡Pero no debes olvidar jamás que, en cierto modo, seguiréis cumpliendo una condena!

-Comprendo. La alternativa es una fría mazmorra.

-No podemos permitirnos el lujo de mantener vagos. La alternativa es expulsión de la comunidad. ¿Te imaginas lo que es estar solo, en un planeta desconocido, ir envejeciendo paulatinamente en el supuesto de que no hayas sucumbido antes a los ignorados peligros que sin duda existen?

-Por mi parte, acepto... y procuraré hacerlo lo mejor posible.

-Está bien -Sutter se levantó, dando a entender que la entrevista había terminado-. ¡Pero recuerda a tus compañeros que la violación de las reglas que se os impongan llevará consigo la pena de muerte en muchos casos! No nos fiamos de vosotros... como conjunto. Ahora acompáñame a hablar con el comodoro Jervis. Gracias a mi intercesión tú gozarás de muchos privilegios vedados a tus colegas. Vas a ser, más bien, tratado como un pasajero que como lo que eres.

-¿Esperas que te lo agradezca, Nick? -preguntó Ellis burlonamente.

-Estoy seguro de que tú hubieras hecho algo semejante en las mismas circunstancias. No tienes nada que agradecerme.

CAPÍTULO V

La primera misión de Ellis Dennison, al frente de un grupo de cinco penados, fue realizar una descubierta por los alrededores. Se encontraban en medio de un amplio valle, en tres de cuyos lados se alzaban imponentes cadenas montañosas, y el mar cerraba el restante. Si tenían que quedarse allí para siempre era necesario que conocieran perfectamente la topografía y peligros que pudieran haber en las cercanías.

Marchaban en fila india por entre la espesura de gigantescos árboles. Salvo que no lograban identificarlos con ninguna otra especie conocida por ellos, hubieran podido creer que cruzaban un bosque de la Tierra. Su meta era trazar una especie de semicírculo hasta el mar, regresando luego al campamento. No trataban de alejarse demasiado en aquella primera salida.

La selva hormigueaba de seres vivientes, casi todos de pequeñas dimensiones. Debían ser muy tímidos, ya que apenas permitían un vistazo de una fugitiva silueta cuando se ponían en fuga. Quietos, era casi imposible localizarles a causa del tamaño. Sin embargo llegaron a la conclusión de que se trataba de varias especies de pájaros multicolores, y algunos otros animales semejantes a monos. También por el suelo se deslizaban lo que en principio tomaron por roedores de distintos tamaños.

-¡Infiernos! -jadeó un corpulento individuo llamado Baer-. ¿No podríamos tomarnos un pequeño descanso? ¡Estoy empapado en sudor!

-¡Te estaba haciendo falta! -rió otro, pequeñajo y esmirriado-. Un par de paseos como éste y te encontrarás en tu debido peso.

Baer giró hacia él, pero el ocurrente personaje logró ponerse a salvo de un ágil salto.

-¡Algún día te meteré el puño por la boca hasta cogerte por los talones y volverte al revés, Enian! -Baer reanudó la marcha, viendo a Dennison que se había adelantado unos pasos. Ahora estaba detenido, mirando fijamente a algo que no lograba percibir el penado.

-¿Qué ocurre, Denny?

Ellis no le hizo ningún caso. De pronto se había encontrado frente a un habitante de aquel planeta que no demostraba temor alguno ante su presencia. Era un animalito de menor tamaño que un mico terrestre, y su figura también era muy similar a la de los monos. Estaba posado sobre una rama a la altura de sus ojos, y le devolvió la mirada sin parpadear, permitiéndole acercarse hasta menos de un palmo de distancia. Sus facciones eran agradables y en ellas no se reflejaba hostilidad alguna; parecía simplemente curioso. Dennison alargó la mano, y el simio le imitó, llegando a tomar contacto. Ellis hubiera jurado que sonreía.

-¡Hola, *Lizzie*! -Ellis le aplicó el nombre sin pensar. El fue el primer sorprendido de la ocurrencia.

Lizzie acentuó aquella expresión parecida a una sonrisa, inclinándose hacia adelante como si tratara de encaramarse sobre la mano de Dennison. De pronto cambió de idea, soltó un chillido de terror, estuvo a punto de caerse al suelo en su precipitación, y, dando media vuelta, escapó con la centelleante rapidez de que alardeaban todos los habitantes de Glaucia,

-¡Rayos! -bramó el vozarrón de Baer, casi en la misma oreja de Ellis-. ¿No has podido atraparlo?

-No -respondió brevemente Dennison-. Ha huido al verte a ti.

Lo cual era cierto. Baer, sin embargo, no se percató del tono insultante con que Ellis pronunciara estas palabras. Otro más ligero de entendederas habría interpretado una alusión a sus cualidades morales.

-Es una lástima. No parecía muy grande, pero creo que, asado, hubiera habido bastante para los cinco. ¡Ya estoy harto de comer vitaminas en lata!

Ellis no quiso desengañarle diciendo que jamás tuvo intención de merendar a costa de *Lizzie*. ¿Para qué discutir?

-Debes haberlo pillado durmiendo -Baer seguía machacando sobre el tema-. De lo contrario no te habría dejado acercar tanto. ¡Si casi lo tenías en la mano...! -con la versatilidad que le era peculiar, cambió de tema-. ¿Cuando hacemos un alto?

Ellis miró en derredor. Cualquier sitio le parecía igual que los demás,

-Aquí mismo -y se dejó caer al suelo.

Los otros le imitaron.

-¡Oye, Denny! -siguió Baer, mirando despectivamente la corta ración que le correspondía como merienda-. ¿Sabes qué estoy pensando? Que no será demasiado difícil tender trampas para cazar esos bichitos. Si resulta que son buenos de comer, tendremos solucionado un problema.

-¡Tragón! -Enian no desperdiciaba ocasión de zaherirle.

-¡Quince minutos de descanso, muchachos! -advirtió Dennison.

-¿Quién va a hacer la guardia? -preguntó un fulano con la cabeza totalmente desprovista de pelo.

-Yo mismo, Smith -respondió Ellis-. No tengo sueño. Dormid vosotros si queréis.

Mientras los demás se tumbaban sobre la verde alfombra de altas hierbas, Ellis reclinó la espalda contra el tronco de un grueso árbol. El bosque aparecía extrañamente silencioso, como él no recordaba ningún otro de los muchos planetas que llevaba visitados.

Tal vez fuera debido a la extraña presencia de seres de otros mundos, pero creía que no. Tampoco era a causa de que los habitantes de Glaucia carecieran de voz, como había demostrado *Lizzie* con su penetrante chillido. ¿Por qué no temió su presencia, y en cambio la de Baer bastó para infundirle tan terrible pánico?

Aún le parecía verle, posado sobre una gruesa rama, con sus simpáticas

facciones contorsionadas en aquella especie de sonrisa... No. No creía estarlo viendo: ¡*lo veía*! Había regresado y ahora parecía esperar a que Dennison se fijara en él.

-Ven -le llamó en voz muy baja.

El pequeño animalito, no más grande que una ardilla, pareció entenderle. Sus exageradamente largas extremidades, que le daban un aspecto semejante al de una araña, tantearon en busca de un punto de apoyo, sin mirar. Tenía los ojos clavados en los de Dennison, como temiendo que, si dejaba de mirarle, se esfumara.

La cosa sucedió rápidamente, tanto que Ellis apenas pudo enterarse de lo que pasaba. Un momento, *Lizzie* iniciaba la aproximación desde unos cincuenta metros de distancia, disponiéndose a cruzar el pequeño claro que los separaba; una milésima de segundo más tarde, una especie de centelleante diablo, casi imposible de seguir con la vista, había caído sobre el bichejo, arrastrándole consigo hasta casi los pies de Ellis.

Dennison se puso rápidamente en pie, sobresaltado. El atacante y la víctima formaban un confuso montón en el suelo. La fiera no parecía mucho más grande que un gato montes, y Ellis, sin pensar, largó un formidable puntapié al amasijo que rugía, peleando rudamente. Fue pura casualidad que acertara al enemigo de *Lizzie* en lugar de a éste, ya que no podía distinguirlos... y la verdad es que nunca estuvo seguro de que el golpeado no fuera su amigo.

Pero obtuvo resultados. Aquella especie de gato era tímido hasta la exageración como sus demás compatriotas. Al percatarse de que él y *Lizzie* no estaban solos, olvidó toda su belicosidad, desapareciendo con la misma fulmínea rapidez con que se presentara.

Ellis se inclinó sobre la inmóvil figura de *Lizzie*.

Respiraba rápida y fatigosamente, y tenía varios arañazos en el peludo cuerpo, aunque ninguno parecía excesivamente profundo. Dennison tomó al animalito, formando una especie de lecho con sus manos, y volvió a reclinarse sobre el árbol.

Lizzie, sintiéndose seguro, extendió los bracitos para acariciar las manos que lo sostenían. De repente volvió a emitir el penetrante alarido, y hubiera saltado a no retenerle Dennison. La corpulenta humanidad de Baer se cernía sobre ellos.

-¡Esta vez has logrado cogerle! -se alegró el gorila-. ¡Aún tendremos asado! ¡Smith, Thorpe! ¡Recoged leña!

-No os molestéis -negó Dennison-. Este bicho tiene la carne demasiado dura para que podáis mascarla.

-¿Cómo lo sabes? -Ellis estuvo a punto de soltar la carcajada. Baer no era capaz de entender una indirecta ni aún metiéndosela por los ojos-. ¡Nada cuesta probar!

Ellis se puso en pie, murmurando:

-No quiero yo que te lo comas. ¿Está claro?

-¡Eso lo veremos!

Baer extendió una zarpa con tal rapidez que ni aún la velocidad de *Lizzie* fue capaz de evitar que lo atrapara. Tal vez hubiera escapado a no retenerlo involuntariamente Dennison, pero así soltó un chillido de terror al sentir que cambiaba de dueño.

Pero no fue por mucho tiempo. Antes de que Baer se diera cuenta de que la presa era suya, había recibido un soberbio directo en la mandíbula, que le hizo trastabillar. *Lizzie* cayó al suelo, desapareciendo instantáneamente en la espesura.

Baer recuperó el equilibrio, cargando como un toro enfurecido. Pero no en vano Dennison era un experimentado luchador. Tomando la muñeca de su adversario, giró sobre sí mismo y el corpulento individuo salió despedido por encima de él, yendo a estrellarse contra el tronco del árbol que Ellis tenía a su espalda. La pelea había terminado a los pocos segundos de iniciarse.

Dennison no se había descompuesto en absoluto. Volviéndose hacia los demás miembros de la partida, que habían presenciado el combate sin intervenir, preguntó:

-¿Hay alguno más que sienta deseos de comer carne? El que trate de matar a uno de esos seres tendrá que vérselas conmigo -alzando la vista vio a *Lizzie* encaramado sobre una rama, fuera de su alcance-. Baja, Ya no hay peligro.

Smith, Enian y Thorpe vieron asombrados cómo el esquivo animalito obedecía sumiso, yendo a acomodarse sobre el hombro de Dennison.

-¡Despertad a éste! -ordenó Ellis-. Seguimos la marcha.

El golpe no había sido demasiado violento. Cinco minutos después, Baer estaba en condiciones de seguir caminando.

* * *

Su llegada al campamento causó sensación, no tanto por los descubrimientos realizados, que fueron casi nulos, como a causa del extraño animal que cabalgaba sobre el hombro de Dennison. Este se dirigió rectamente a la cabina del comodoro, a dar cuenta de su viaje.

En uno de los pasadizos de la destrozada *Alpha Persei* se cruzó con Lizzie Perkins.

-¿Ya de regreso, Denny? -preguntó la muchacha. Para desesperación de Nick Sutter, ella parecía cada vez más inclinada a olvidar los desfavorables antecedentes de Dennison.

-Sí -sonrió él -. Mira lo que te he traído.

Lizzie acarició a su homónimo.

-Es simpático -dijo, viendo cómo el animalito le devolvía la caricia con sus larguísimos brazos -. ¿Cómo se llama?

-*Lizzie*.

-¿Qué?

-Digo que se llama *Lizzie*. Lo he traído para ti.

-¡Oh! -rió la muchacha-. ¡Había creído que me llamabas! ¡Muchas gracias por el regalo! Pero, ¿crees que querrá venir conmigo? Parece haberte tomado mucho cariño.

-Ve con ella, *Lizzie* -ordenó Ellis. El animal obedeció sin la más ligera vacilación-. ¿Lo ves? Ya es tuyo. ¡Trátalo bien!

-¿Y cómo se te ha ocurrido ponerle mi nombre? -preguntó Lizzie con aviesa intención, a la vez que sonreía maliciosamente.

-Porque la primera impresión que tuve de él era que se trataba de un bicho muy feo... -ella torció el gesto y Dennison la aplacó, terminando-, pero muy simpático.

Lizzie comprendió la broma, y ambos rieron alegremente.

-La señorita Callahan se va a enfadar contigo. Quiere ser la primera en todo y no tolerará que me hagas un regalo a mí, dejándola a ella de lado.

-¡Pero si apenas la conozco! -protestó Dennison.

-Eso le tiene sin cuidado.

Despidiéndose brevemente, Ellis prosiguió su camino. La muchacha acarició la suave piel del animalito, que parecía encontrarse muy a gusto con ella, como antes lo estuviera con Dennison.

Jervis, pese a su afirmación de que no habían descubierto nada importante en su exploración, no consintió a Ellis decir palabra hasta tener reunidos a Yosuke y Sutter.

Dennison dio detallada cuenta de todas las observaciones realizadas, no omitiendo una relación imparcial de sus dos encuentros con *Lizzie* y la pelea con Baer. -¡Mal síntoma! -gruñó el comodoro, siempre aficionado a ver las cosas por su lado negro-. Si empiezan ustedes a pelearse entre sí...

Sutter, confiando como siempre en el buen juicio de Dennison, y el conocimiento de que éste se dejaba muy raras veces arrastrar por el impulso, inquirió:

-¿Por qué lo hiciste, Denny? No es propio de ti enzarzarte en una riña, sin más.

-En efecto. El motivo principal fue que aquella criatura me pareció distinta a un animal cualquiera. Es algo así como si Baer hubiera propuesto que nos comiéramos un niño... -sonrió algo forzadamente-. Yo sé que pensarán ustedes que es una tontería, pero tendrían que ver su forma de comportarse y la cantidad de expresiones que es capaz de imprimir a su rostro. Por mi parte, estoy convencido de que posee una inteligencia poco común, si la medimos por los cánones de la fauna terrestre.

-¿Incluido el hombre? -inquirió Sutter, con agudeza.

-No diría tanto... aunque tampoco afirmaría lo contrario. Tal vez las diferencias estriben más en la educación y el medio ambiente que en falta de posibilidades. *Lizzie* parecía comprender que, de todos los componentes del grupo, yo era el único que no trataría de hacerle daño. Se sentía receloso con los demás y plenamente confiado conmigo. Lo mismo le ha ocurrido con la señorita Perkins: ha aceptado inmediatamente su amistad.

-¿Lo has puesto en contacto con Lizzie? -quiso saber Sutter, irritado.

-Sí. ¿Por qué no había de hacerlo?

-¡Es muy peligroso! -afirmó el comodoro-. ¡No debemos mezclarnos con formas vivientes desconocidas hasta estar convencidos de que no hay peligro!

Dennison había pasado esto por alto. Era un error que raras veces cometía. Se puso en pie.

-Es cierto. Lo olvidé. Voy a llevarlo al doctor Gilmer para que le haga un examen a fondo.

-¡Hágalo cuanto antes!

CAPÍTULO VI

Afortunadamente, el doctor Gilmer no pudo encontrar nada perjudicial para los terrestres, luego de haber examinado a *Lizzie* con ayuda de un nutrido equipo de colaboradores. El animalito se reintegró a los brazos de su ama, y Dennison respiró aliviado.

En días sucesivos se llevaron a cabo exploraciones complementarias del terreno circundante. Nada nuevo pudieron aportar, salvo dos acontecimientos que, al menos en la vida de Dennison, habían de tener extraordinaria influencia.

El primero sucedió al día siguiente. Ellis encabezaba un nuevo grupo de descubierta, y apenas se había separado un centenar de metros del retorcido casco del *Alpha Persei* cuando sintió un golpe en el hombro. Giró la cabeza, sobresaltado, y *Lizzie* estaba allí.

-Te gusta ir de excursión, ¿eh? -dijo. Y no se habló más del asunto.

Pero su asombro fue mayúsculo cuando, al regresar, se encontró con que *Lizzie*, con la piel aún llena de rasguños, recuerdo de su encuentro con el carnívoro, ocupaba su sitio habitual en brazos de Elizabeth Perkins. El que él llevaba era otro ejemplar idéntico que, por lo visto, le había adoptado como padre.

La segunda circunstancia se dio en otra salida posterior. Estaba descansando con su grupo, formado por los mismos componentes que la primera vez, con la añadidura de un tipo tan corpulento como Baer, llamado Sherry, cuando observó que ambos estaban enzarzados en alborotada discusión.

Se acercó a ellos.

Sherry estaba vuelto de espaldas a él y no se percató de su proximidad. Decía :

-No me vas a convencer, Baer. Estás acabado.

Baer empezó a levantarse lentamente.

-Cuando quieras, te demostraré lo contrario.

-No es a mí, sino a él. Si no lo haces tú, lo haré yo.

-Antes tendrás que pasar por encima de mí, Sherry. ¡Y mucho cuidado, porque aún muerdo!

Sherry soltó una carcajada sardónica.

-¡No me hagas reír, Baer! ¿Crees que vamos a aceptar que ése...?

No acabó. Una zarpa de gorila le había tomado por la pechera de su roja blusa y, sin esfuerzo aparente, le puso en pie. La otra mano de Baer golpeó de revés, y Sherry salió dando tumbos hasta desplomarse sobre un matorral espinoso.

Mientras el desgraciado emitía desaforados gritos de dolor y sus demás compañeros le ayudaban a desembarazarse de los agudos pinchos que le

erizaban el cuerpo, Dennison se encaró con Baer, mirando respetuosamente las formidables manazas del individuo.

-¿Qué ha ocurrido?

Ver al hombretón que se aproximaba con cara de pocos amigos, emitir un agudo chillido de terror y desaparecer de agilísimo salto en la espesura, fue todo uno para *Lizzie II*, como le bautizara Ellis.

-¡Ese blandengue! -Baer señaló hacia donde Sherry se debatía aún-. ¡Se cree que, porque pesa noventa kilos, es un tipo fuerte! ¡De mantequilla sí que es!

-Pero, ¿por qué habéis discutido?

Baer giró la vista en derredor. Los demás seguían ocupados con Sherry y no les prestaban atención alguna.

-Mira, muchacho. Yo me tengo por un tipo bruto, francamente. Pero cuando alguien me demuestra que lo es más que yo, se convierte en mi jefe... aunque no quiera. Tú me diste una lección el otro día, y yo no lo olvido. Dile a ese bichito que baje, porque ¡me como al que trate de hacerle daño!

-¿Se te ha ablandado la conciencia? -preguntó Denny con sorna.

-Dime que le prenda fuego al planeta entero, o que degüelle a toda la tripulación del *Alpha*. ¡Sabrás cómo las gasto! No, no es eso.

-¿Y por qué te has peleado con Sherry? ¿No me lo quieres decir?

-¿Es una orden?

Dennison le miró más atentamente. El bruto aquel hablaba en serio.

-Sí. Lo es.

Nueva mirada a los otros. Baer se aproximó más aún.

-No quieren aceptar tu autoridad. Tendrás que vigilarlos. Yo te ayudaré; cuento con buenos amigos, ¿sabes? Y casi nadie sabe quiénes son.

-Gracias, Baer. Cuenta conmigo también para lo que necesites -Ellis dejó caer amistosamente la mano sobre el anchísimo hombro del otro.

Comprendía que había ganado un amigo leal. Baer podía ser un asesino sin escrúpulos, pero, sobre todo, era un admirador de la fuerza y la inteligencia. Y Dennison le había demostrado ganarle con ellas.

Cual si el gesto amistoso hubiera sido una señal, sonó encima de sus cabezas un agudo grito. Levantando la mirada, vieron una densa concentración de *Lizzies* sobre los árboles. Uno de ellos repitió el chillido con ademanes que hubieran parecido coléricos en un hombre, y de un papirotazo arrojó al suelo a un compañero. Este, con ademanes contritos, se encaramó sobre el hombro de Dennison, ocultando la cabeza entre los largos brazos como si se sintiera avergonzado.

Los demás se esfumaron cual si nunca hubieran existido.

Baer y Dennison se miraron sin comprender. Luego, encogiéndose de hombros, acudieron al lado de los que ya estaban terminando de liberar a

Sherry.

Pero, si bien estos acontecimientos tendrían importancia más adelante, lo que les ocurrió un par de horas después señalaba un inmediato cambio de sus vidas.

Siguiendo la ruta que se les había trazado sobre un tosco mapa de la región, Dennison conducía a sus hombres por un espacio despejado de árboles, cuando una pequeña navecilla apareció sobre sus cabezas, descendiendo a pocos pasos de donde se encontraban.

No se llevaron un buen susto ante la inesperada visita, porque el modelo del aparato les era harto conocido, y en el acto comprendieron que, debido a alguna especie de milagro, habían sido localizados los restos del desastre del *Alpha Persei*. Pero ello no les hizo demasiada gracia a los reclusos, ya que el rescate significaba para ellos el ir a cumplir sus condenas en *Hell's Corner*.

Indecisos, hicieron alto, esperando los acontecimientos.

Se trataba de una nave auxiliar de desembarco, del tipo comúnmente empleado en los aparatos civiles de transporte y pasaje. Ningún signo distintivo denunciaba su procedencia o el nombre de su astronave.

Un par de hombres descendieron. Llevaban ropas civiles, sin nada que recordara, ni remotamente, un uniforme. Y ambos estaban armados con aquellas extrañas pistolas que eran casi las insignias exclusivas de los miembros de la temible banda de contrabandistas de los *Sagitarii*.

Sin embargo, era posible que este último detalle fuera únicamente conocido de Dennison.

¡Por tanto no era creíble que hubieran venido a rescatar a los náufragos del *Alpha Persei*! Aunque Ellis no tenía una idea muy clara del objeto de su visita.

-¡Hola, muchachos! -fue el saludo de uno de ellos-. Sois del *Alpha Persei*, ¿verdad?

-Sí -respondió Dennison torvamente-. ¿Qué se os ofrece?

-Hemos venido a rescataros.

-¿Para qué? ¿Para que sigamos hacia *Hell's Corner*? No interesa, gracias.

El otro sonrió comprensivamente.

-¿Qué os parecería la libertad? Es agradable.

-¿A cambio de qué? -replicó instantáneamente Dennison.

El individuo de la *Sagitarii* que llevaba la voz cantante, adelantó un paso, guardando la pistola. Luego extendió la mano.

-Tú debes ser ese Dennison.

Ellis ignoró la mano que se le ofrecía.

-Es posible -replicó sin comprometerse, mostrando profunda desconfianza.

-Me llamo Bernard. Supongo que sabes nuestra profesión.

-Sí... Arqueros.

-Exacto. Traducido al latín, *Sagitarii*. ¿Has identificado nuestras pistolas?

-No las olvidaría en mil años que viviera.

-Creo que una de ellas te abrió el camino hacia *Hell's Corner*. Es curioso que los que las utilizan olviden que has sido su enemigo y te ofrezcan su ayuda.

-Ya te he preguntado antes: ¿A cambio de qué? Supongo que por simple altruismo no será.

-Eres desconfiado, Dennison. ¿Podemos hablar un poco aquí dentro? -Bernard señaló el aparato que le trajera hasta allí.

Ellis vaciló un segundo, y finalmente dio una orden.

-Esperadme por aquí. Procuraré no tardar.

Los tres se encerraron en la estrecha cabina, y Dennison no perdió el tiempo.

-Al grano. Tengo prisa.

-Como quieras. En pocas palabras está todo dicho: Sabemos tu historia, anterior y posterior a tu tropezón con la pistola.

-Yo también. No es necesario que me la cuentes.

El tono seco con que hablaba el ex agente era perfectamente identificable.

-¿Quieres alistarte en la *Sagitarii*?

Dennison entornó los ojos recelosamente.

-Vuestros hombres son desconocidos de la policía. A mí se me conoce en todas partes.

-Lo cual no te impidió saltar de uno a otro planeta y regresar a la Tierra cargado de botín, sin que nadie se enterase de que habías salido de allí siquiera. Ese es un obstáculo sin importancia, que se compensa con creces con tus muchas habilidades de todo género.

-Adelante.

-Necesitamos tu ayuda para dar un *golpe*. No es costumbre nuestra, como sabes, ya que dejamos que otros corran con el riesgo, limitándonos nosotros a vender la mercancía. Pero alguna vez se hace. Para ser franco, se trata de una operación accesoria, ya que nuestro objetivo principal al hundir aquí al *Alpha Persei*, era rescatarte a ti.

-Supongo que no pretenderás que te muestre mi agradecimiento. Lo hacéis pensando únicamente en el negocio. ¿Cuál es mi trabajo... y mi participación en los beneficios?

-No pretendo darte instrucciones. Dispones del tiempo que te sea necesario, y allá tú con el problema. Has de *reventar* una caja fuerte... a bordo del *Alpha Persei*. A ser posible, evita hacer víctimas.

-Tampoco me gusta la sangre. Prefiero trabajar con finura. Considero una chapucería y una falta de inteligencia el andar a golpes o puñaladas con los que se interponen. ¿Qué hay en la caja, y en qué parte de la nave está?

-Pertenece al viejo Lew Perkins, y está adosada a la estructura en la bodega de carga. Es inútil tratar de llevársela, porque la dificultad radica en abrirla: no hay medio de forzar la cerradura electrónica, y si no se hacen las cosas con tiento, quedaría destruido todo cuanto contiene. Perkins quiere montar una especie de observatorio o cosa semejante al borde de la Galaxia... muy cerca de *Hell's Corner*. Ese es el motivo de que viaje en vuestra misma nave. Allí dentro hay una cantidad de delicadísimos aparatos de precisión, que valen una fortuna incalculable. Creo que ha invertido casi todo su capital en construirlos en sus industrias, pero no se los pagan si no es contra entrega allí mismo... No sé qué clase de manejo se llevan los del observatorio para exigir eso, ni me importa. Tu participación es el veinticinco por ciento, por esta vez. Si sigues con nosotros podrás trabajar libremente por tu cuenta, recibirás un sueldo fijo y, de vez en cuando, algún encargo semejante, o de tus especialidades, y no quedarás descontento con la paga. Ya sabes que a veces hay que realizar trabajos que no pueden valorarse en dinero.

-Pero, ¿dónde está la caja, exactamente? La bodega es enorme y estará atiborrada con seguridad. No voy a pasarme media vida buscándola, ni a preguntarle al viejo Lew.

-Es asunto tuyo. ¿Aceptas?

-¿Tú qué crees? -preguntó sarcásticamente Ellis-. No tengo otro remedio, aunque fuera gratis. En mi situación me conformaría con que me dejarais en el más próximo planeta habitado -ocurriéndosele una nueva idea, preguntó-: ¿Puedo alistar gente?

-Sí, pero entre los presidiarios solamente. Ellos recibirán, salvo que los recomiendes en caso de que los creas de interés, un buen golpe de dinero y pasaje para el lugar que indiquen. Sin embargo, sería aconsejable que, una vez fuera de aquí, te olvides de ellos: son muy conocidos y acabarán volviéndoles a coger tarde o temprano.

-¿Por qué no puedo buscar ayuda fuera de ellos?

-Pues... -Bernard vaciló visiblemente-. Bien. De todos modos lo has de saber, puesto que ya formas parte de nuestra organización: entre los que viajan en la *Alpha Persei* hay algunos de los nuestros, y no consideramos conveniente que se enteren de que ha sido la *Sagitarii* quien ha dado el golpe; pudiendo impensadamente establecer contacto con alguno de ellos.

-Eso quiere decir que les dais de lado, ¿no?

-¡Nada de eso! Cada cual percibe únicamente parte del botín en las misiones en que interviene. Los que llevaron a cabo el sabotaje cobrarán por ello.

-Entonces, ¿fuisteis vosotros...?

-¡Claro! ¿Qué te creías? Tú figurarás como el lobo solitario que fuiste en tus anteriores hazañas, y nosotros nos encargaremos de convencerles de que al traer la nave aquí perseguíamos otro fin. Nuestra mayor fortaleza consiste en que nadie conozca a sus compañeros ni sepa de sus andanzas más de lo imprescindible. Así se reduce al mínimo el riesgo de traiciones... ¿Algo más?

-De momento, no. ¿Cómo me recogeréis cuando haya cumplido mi objetivo?

-Dirígete, dando un rodeo, al picacho ese que parece una aguja en el extremo sur del valle, junto a la costa.

-Conformes.

Se dieron un solemne apretón de manos para sellar el pacto, y un minuto después, Denison se encontraba junto a sus hombres.

-¿Para qué te querían esos tipos, patrón? -preguntó Baer cuando se hubieron alejado un poco.

Dennison consideró brevemente lo que debía o no confiarle a aquella especie de antropoide... al mismo tiempo que recapacitaba sobre su futura actuación. Finalmente optó por un plan de conducta.

-Me han propuesto una *operación* en la nave. ¿Puedo contar contigo?

-¡Para lo que sea, ya lo sabes! ¡Dime lo que hay que hacer!

-De momento, nada. Aún he de pensar el plan. Para la salida de mañana busca a cuatro muchachos de confianza que nos acompañen, y les pondremos al corriente de lo que se necesita de ellos.

-¿Qué es lo que hemos de llevarnos? ¿Es muy voluminoso?

-No lo sé bien, pero pienso dar un golpe doble. Sin embargo, esto último quiero que quede entre tú y yo: vamos a tratar de apoderarnos de la astronave de esos tipos.

Baer se le quedó mirando, maravillado.

-¡Eres un tío grande, *boss*! ¡Procuraré preparar unos cuantos chicos que puedan manejar un cacharro de ésos!

No se habló más del asunto. A Dennison no le interesaba que transcendiera la noticia, y se encaró con los otros.

-¿Qué preferís: la libertad donde os parezca bien, o seguir viaje hacia *Hell's Corner*?

-¿Tú qué crees? -preguntó Sherry, haciendo de portavoz de los demás.

-Entonces, por vuestro bien, haréis el favor de olvidaros de lo que habéis visto hace un rato. Cuando llegue el momento os avisaré para emprender la marcha. ¿Comprendido?

-¿Quiénes son esos tipos que han hablado contigo?

-Nadie que te importe, Sherry. Para ti, únicamente los que te van a sacar de aquí. Y recuerda que quien da las órdenes soy yo... y no tolero desobediencias. Luego de marcharnos se recibirá aviso del paradero de la *Alpha Persei* y vendrá una astronave a rescatarlos. ¿Queréis estar aquí para entonces, o al otro lado de la Galaxia?

La respuesta era tan obvia que Sherry ni se molestó en darla.

Siguieron su exploración en silencio, cada cual embebido en sus propios pensamientos. Dennison trataba de forjarse un plan que le permitiera alcanzar todos sus objetivos propuestos; Baer, orgulloso de la preponderante posición de confianza que gozaba, iba mirando por encima del hombro a los demás y alimentando ilusiones para un opulento futuro que ya se veía al alcance de la mano; Sherry, Enian, Smith y Thorpe, oscilaban entre la alegría de la pronta libertad y el resentimiento de no saber lo que se tramaba... si bien se prometían interiormente seguir con

fidelidad las instrucciones de Dennison. Una cosa era la mayor o menor lealtad, y otra muy distinta su conveniencia personal. *Lizzie II* se limitaba a observar los alrededores, abstraído en Dios sabía qué extrañas elucubraciones tenían lugar en su diminuto cerebro.

* * *

-No me has dicho aún a qué es debida vuestra presencia a bordo.

Lizzie sonrió tristemente.

-¿Y qué importancia puede tener eso ahora? Estamos aquí para toda la vida. Nuestro valor actual es lo que cuenta, no lo que hemos sido o el por qué de nuestra presencia en Glaucia.

-Quizá cuando menos lo esperes llegue el rescate. Se sabe el área en que se perdió el *Alpha Persei*, y no dudes de que habrán más de diez naves buscándola actualmente. Sólo es cuestión de tiempo el que lleguen aquí.

-No te alegrarás mucho de ello, Denny... ni yo tampoco -le miró con curioso interés-. Nick me ha contado algo, pero me gustaría oír de tus labios la historia de...

-¿De qué? -Dennison la miró, sonriendo-. ¿De mi *uniforme*?

-Sí, eso es... Quiero decir, si no te es violento...

-En absoluto, Lizzie. Podría contestarte que ahora no tiene importancia, como tú has hecho antes. Pero lo haré, a cambio de que luego respondas a mi pregunta anterior.

-De acuerdo -se estrecharon solemnemente las manos-. Es una promesa.

Dennison inició el relato, brevemente, pero sin omitir ningún detalle esencial. Al concluir con la escena de aquella noche en su casa, la muchacha le interrumpió.

-¿Y fue Nick, tu mejor amigo, quien te denunció por una mera sospecha, casi sin fundamento?

-El mismo. No le guardo rencor alguno, porque cumplió estrictamente con su deber. Tal vez, en su lugar, yo no hubiera hecho lo mismo, pero ello no disminuye mi admiración hacia él. Me consta que lo sintió profundamente... y sigue sintiéndolo.

-Sigue, por favor...

Prosiguió, narrándole su desesperación al verse expulsado del Cuerpo; luego los largos días, siempre sujeto a una férrea vigilancia... y después la idea de burlar a sus ex-compañeros, casi por el mero placer de hacerlo. El botín, aunque apetecible, era secundario. Finalmente, el imprevisible tropezón que le había traído hasta aquí.

-Esa es mi historia. Vulgar, como verás.

-Debieron encontrarte atenuantes. Ellos mismos te empujaron en cierto modo. Más tarde verían que tú no estabas relacionado con esa organización de contrabandistas.

-El que no mantuviese contacto con ellos no significaba nada, Lizzie. De lo acaecido no puede culparse a nadie sino a mí -volvió a asumir su risueña expresión-. Ahora te toca a ti. Recuerda lo prometido.

Cumplió. La historia era, en esencia, la misma que le contara Bernard. Lew Perkins era un poderoso industrial establecido en Próxima Centaurii, y sus aparatos de precisión eran conocidos a todo lo ancho de la Galaxia. Al parecer, el Gobierno pretendía instalar un observatorio en el lugar más alejado posible del centro de la Vía Láctea, fuera de las entrecruzadas radiaciones de las estrellas, a fin de estudiar detenidamente la, en cierto modo, próxima nebulosa de Andrómeda, preparando también desde allí una expedición. Y, por pura casualidad, la elección había recaído sobre un planeta del mismo sistema en que se encontraba el *Hell's Corner*.

-Lew -llamaba siempre así a su padre- ha invertido prácticamente toda su fortuna en la fabricación de los aparatos que llevamos embalados a bordo. ¡Te parecería mentira la enorme cantidad de millones que valen, y el reducidísimo espacio que ocupan! La contrata de la fabricación es una oportunidad única, y los beneficios serán... hubieran sido -rectificó, haciendo una mueca- fabulosos. Pero el pago se convino realizarlo contra entrega de la mercancía, ya instalada. Ese es el motivo de nuestro viaje. Los demás pasajeros son técnicos de la industria de Lew, y éste insistió en acompañarles. Yo no quise quedarme atrás.

-Pues elegisteis una mala oportunidad -comentó Dennison. Por un instante sintió remordimientos al pensar en que iba a sumir en la miseria a aquella muchacha que confiaba en él pese a sus antecedentes, que le demostraba algo más que una superficial amistad, y con la que él hubiera compartido gustosamente su vida... si su vida hubiera seguido otros derroteros. Así, ¿qué le quedaba?

Sus facciones se endurecieron súbitamente, a la vez que lo hacía su corazón. Con un esfuerzo eliminó la crispación de sus músculos faciales, para continuar:

-¿Y dices que la mercancía estaba a bordo? He recorrido las bodegas de carga un par de veces y no he visto nada parecido a maquinaria embalada...

-Ni la verías en diez años. Está todo metido en una caja fuerte, imposible de abrir.

-¡No será tanto! Algún medio habrá para sacar lo que contiene. ¡Será una caja enorme!

-De tamaño corriente. Apenas ocupa un metro cúbico de espacio. Ven. Te la mostraré.

Al ponerse en pie ambos, los dos *Lizzies* saltaron cada uno sobre su respectivo amo.

La muchacha, una vez en la bodega, se dirigió sin vacilar a un lado. Allí, sujeta con fuertes flejes para evitar movimientos, se veía una caja de

las dimensiones indicadas por ella.

-Aquí está todo. Jamás, en ninguna época, se ha reunido tanto valor en tan poco espacio. Esa caja, llena de diamantes cuando éstos tenían algún valor, e incluso de los actualmente inapreciables de Orión, sería algo indigno de mirarse siquiera, comparándola con lo que ahora contiene.

-¿Y cómo se abre?

-¿Piensas robarla? -Dennison se sobresaltó. La muchacha, percatándose de su desliz involuntario, rectificó en el acto-. Perdona, Denny -le apoyó la mano en el brazo-. Lo he dicho sin pensar... Fíjate. ¿Ves estos orificios?

Le mostró dos pequeños agujeros en la parte superior, única irregularidad que podía observarse en la caja, al parecer hecha de una sola pieza, sin abertura alguna.

-No me dirás que por ahí se mete un alambre, se le da vueltas, y ya está -sonrió él.

-Desde luego que no. En ellos se inserta, simplemente, un enchufe eléctrico, el. cual activa ciertos mecanismos del interior.

-¿Y con eso se abre?

-¡Nada de eso! La caja no puede abrirse por ningún medio, puesto que forma un bloque compacto. Una vez activado el mecanismo, se le aplican radiaciones alfa, beta, gamma, con distintas intensidades que varían de continuo, y se disuelve. Incluso la carga eléctrica ha de oscilar en el proceso, o no ocurre nada. Lo más que se conseguiría es averiar la cerradura.

-¡Complicado es! ¿Y dices que se disuelve? ¿El qué? ¿La caja?

-Por completo. Debajo hay otra de acero corriente, con la llave puesta en la cerradura. Sólo hay que darle la vuelta, y se abre.

-¿Y si se avería el mecanismo?

-Hay un medio... tan simple que te caerías de espaldas si lo supieras. Pero no te lo diré. Cualquier otro procedimiento que se emplee podrá destrozar la casi indestructible capa exterior, pero a costa de dejar inutilizado el contenido de la caja, con lo cual su valor quedaría en unos pocos miles de créditos... pura chatarra.

-No es que tenga demasiado interés, Lizzie, pero ¿por qué pretendes guardar el secreto del procedimiento sencillo de abrir?

-Puedo asegurarte que no se trata de desconfianza hacia ti. Es sólo que...

-...que la familia Perkins se ha juramentado a guardar el secreto de la aleación del *zircromobal*... en el cual no entran el zirconio, el cromo ni el cobalto, que le dan nombre, aunque sí casi todos los demás elementos conocidos, en mayor o menor proporción... Y, sobre todo, queréis preservar el conocimiento del único punto débil de los magníficos robots que construís. ¿Acierto?

Ella inclinó mudamente la cabeza, asombrada.

-¿Cómo sabes todo eso?

-¿Olvidas mi profesión anterior? Quizá, con tiempo, y en el supuesto de que me lo propusiera, lograse dar con la clave para abrir la caja. Pero no me sería necesaria, sabiendo que unas simples gotas de...

-¡No lo digas! -suplicó ella, tapándole la boca con la mano-. Reconozco que lo sabes.

Alguien, que escuchaba la conversación, se mordió los labios coléricamente. ¡Aquella maldita muchacha lo había echado todo a perder! ¡Con lo fácil que hubiera resultado prescindir de Dennison!

* * *

Aquella noche, Dennison sintió que alguien le tiraba del brazo. Medio dormido aún, encendió las luces del pequeño camarote-celda, encontrándose con que eran los dos *Lizzies*, el suyo y el de la muchacha, que empleaban todas sus escasas fuerzas tratando de arrastrarle fuera de allí.

Intrigado, se vistió y, sin dificultad alguna, siguió a los animalitos hacia la oscura noche. Disfrutaba de completa libertad de acción, puesto que no existía medio de escapar de allí, y nadie, aunque le hubiera visto, habría tratado de obstruirle el paso.

Pretendían, a juzgar por sus gestos, obligarle a penetrar en la espesura, más allá del claro practicado alrededor del *Alpha Perse*i.

-¿Qué diablos queréis que haga yo ahí fuera, expuesto a romperme la crisma contra algún tronco de árbol?

Sin embargo, era tanta la insistencia que manifestaban, que echó a andar.

La selva estaba mortalmente silenciosa, lo mismo que durante el día. Dennison, con los brazos extendidos para evitar un choque bajo la casi inexistente luz de las estrellas, en aquel mundo sin luna, caminó unos centenares de metros...

CAPÍTULO VIII

El silencio nocturno había vuelto a caer sobre el plácido valle, tumba de la nave-prisión *Alpha Persei*.

Dentro del retorcido casco que aún servía de alojamiento a pasajeros y tripulación, una sombra se desplazó a lo largo del pasillo en dirección a la rojiza brasa del cigarrillo que ardía en la oscuridad. Al llegar junto al fumador, pidió:

-¿Me hace el favor de darme un cigarrillo?

-¿Todo dispuesto? -preguntó Dennison, reconociendo a Baer en el recién llegado.

-Ya les he hecho salir a todos. Sólo faltamos nosotros.

Recorrieron el pasadizo en dirección opuesta, llegando finalmente a la puerta, ahora abierta, que había separado el departamento-prisión del resto de la astronave.

-Cierra -ordenó brevemente Dennison.

Baer obedeció, y las pesadas hojas quedaron ajustadas en su sitio, dejando imposibilitados de salir a los reclusos que quedaban allí dentro.

Siguieron andando a tientas, cogidos de la mano para no separarse, y un minuto después cerraban otra puerta a sus espaldas.

Dennison encendió una luz.

Una veintena de hombres estaban reunidos allí. Todos lucían los rojos uniformes de los penados. Ellis se les dirigió sin preámbulo alguno:

-¿Os ha dicho Baer lo que tenéis que hacer cada cual? -un murmullo afirmativo fue la respuesta que obtuvo-. Pues cada cual a lo suyo. ¡En marcha!

En medio de un decidido silencio desfilaron todos, separándose en varios pequeños grupos. Dennison y Baer volvieron a quedar solos.

-¿Les has advertido que, bajo ningún pretexto quiero que se derrame una sola gota de sangre?

-Sí. Saben que, si han de continuar trabajando con nosotros, se ha terminado ya eso definitivamente.

-Está bien.

Las bodegas de carga estaban hacia popa, y en esta dirección se encaminaron Dennison y Baer. Apenas hacían uso de la pequeña linterna de que era portador el primero, escamoteada del bien guardado almacén a donde habían ido a parar las armas y demás objetos cuya reposición era imposible. En un bolsillo llevaba también una pistola.

Pero antes había que evitar toda posibilidad de que les fuera obstaculizada la operación. Cruzando por delante de donde estaba amarrada la caja que constituía su objetivo, los dos hombres siguieron hasta un pasillo que se abría después de la bodega, y a cuyo final brillaba una débil

luz. Era el cuarto de máquinas, donde siempre había un hombre de guardia, dispuesto a dar la alarma ante cualquier contingencia. Jervis no acababa de hacerse a la idea de que el *Alpha Persei* no volvería a cruzar los espacios siderales.

Al débil resplandor, Dennison consultó el reloj de que iba provisto. Faltaba un minuto para que sus hombres manejaran los controles que dejarían aislados los departamentos donde dormían los tripulantes y pasajeros, impidiendo que acudieran a enterarse del significado de los ruidos que tal vez se vieran obligados a hacer al desprender la caja de sus soportes.

Con una seña a Baer, entró en la pequeña estancia de paredes cubiertas de diales, esferas, interruptores y palancas. El tripulante, que observaba uno de los paneles en el extremo opuesto, se volvió, encontrándose mirando al negro cañón de la pistola de Ellis.

-¿Qué significa esto ? -preguntó, ligeramente atemorizado.

-Significa que vas a desconectar todos los controles cuando yo te lo diga, De lo contrario... -movió significativamente la pistola, aunque no tenía la menor intención de utilizarla.

-¿Vais a huir? -inquirió el hombre-. Será inútil, muchacho. Ahí afuera no hay nada sino selva por todas partes. ¡Anda! Deja ese juguete y me olvidaré de que te he visto.

-Apártate de ahí. No quiero hacerte daño alguno -replicó Dennison-. Yo mismo...

-¡Cuidado, Denny! -le interrumpió la voz de Baer.

Trató de volverse, viendo una sombra que se precipitaba sobre él... pero demasiado tarde. El mundo se desplomó sobre su cabeza, y ni siquiera se dio cuenta de que caía.

Al pronunciar sus palabras de advertencia, Baer ya estaba corriendo hacia el agresor de Dennison, y su ataque en tromba fue casi simultáneo con el de éste. Fue bastante el empujón para derribarle a tierra, y el golpe contra las planchas metálicas del piso acabó con la pelea casi antes de que se iniciara, Baer, con una agilidad que hubiera parecido sorprendente en un hombre de su corpulencia, rodó sobre sí mismo y con el mismo impulso quedó sobre los pies al tiempo que las luces del departamento se extinguían.

El guardián había hecho lo único que estaba en sus manos para impedir que los penados se salieran con sus propósitos.

Baer, silenciosamente, se desplazó hacia la puerta sabiendo que el otro trataría de escapar. Hubiera querido atender un momento a su jefe, para convencerse de que seguía con vida, pero tal como estaban las cosas resultaba más urgente silenciar al tripulante.

¡Debía haber transcurrido ya el tiempo fijado para que sus hombres

cerraran las compuertas instaladas en previsión de accidentes! Funcionaban automáticamente al detectar un descenso en la presión del aire con los aparatos que les eran anejos, aislando el sector afectado del resto de la astronave, y podían ser abiertas de nuevo solamente por medio de controles manuales instalados en sus cercanías. Naturalmente, también podían ser cerradas a mano, que era lo que sus subordinados tenían órdenes de realizar; pero instantáneamente sonarían alarmas por todas partes. La gente se despertaría, y, si no se cortaba el suministro de energía en aquel momento, iba a resultar fácil abrirlas de nuevo. El número de sus adictos era demasiado corto para que pudieran soñar siquiera con vencer en una lucha en que llevarían una colosal desventaja, agravada por las órdenes de no causar daños, en que los otros no repararían.

Aquel hombre que se ocultaba en las sombras estaba demasiado asustado para desafiar las colosales fuerzas de Baer, a quien indudablemente sabía bloqueando la salida, o estaba tramando algo. Baer no contaba entre sus virtudes la de la paciencia, e inició un movimiento hacia el caído Dennison, con ánimo de apoderarse de la linterna y pistola que llevaba...

Y entonces empezaron a sonar los timbres, acompañados del parpadeo de varias luces rojas en uno de los mamparos. ¡La alarma!

Al débil resplandor purpúreo, Baer distinguió una silueta que se precipitaba en su misma dirección, animado su adversario de unas intenciones semejantes a las suyas. El hombre llegó antes que él, pero perdió unas preciosas décimas de segundo en tantear el suelo en busca de la pistola, y cuando quiso darse cuenta de lo que se le venía encima, fue solamente para pensar que por algún milagro se estaba incrustando en las planchas del suelo. Luego ya no hubieran bastado todos los ruidos del Universo para despertarle. Plácidamente se dedicó a un bien ganado reposo de varias horas, en unión de su compañero.

Cuando Baer dejaba caer su mole sobre alguien, solía ocurrir esto. Su contacto era un poderosísimo anestésico.

Sin perder un segundo, sabiendo que todo, incluso sus vidas, dependían de la rapidez de acción, Baer salió disparado hacia el cuadro principal de controles; un seco tirón a la palanca mayor silenció los timbres, a la vez que se extinguían las luces, y seguidamente repitió la operación con el suministro automático de emergencia, que se ponía en marcha al fallar el otro. El *Alpha Persei* quedaba tan dormido como sus dos recientes adversarios.

Baer regresó a tientas junto a Dennison, y en pocos instantes se había apoderado de la linterna que llevaba en el bolsillo. Comprobó que su jefe seguía con vida, y cargándoselo al hombro, regresó por donde había llegado. Dennison no era ningún alfeñique, pero aun así Baer trotaba tan

ligeramente como si se hubiera tratado de una pluma.

Al desembocar en la bodega oyó rumor de voces, y aunque sabía que eran sus hombres, apagó la luz, quedando quieto. No interesaba correr ningún riesgo.

Los otros no parecían tan prudentes, porque se aproximaron sin tratar de disimular su presencia, alumbrándose con un par de linternas también escamoteadas del almacén.

-¿Dónde se habrán metido? -preguntó uno, intrigado-. Desde que dejaron de sonar los timbres han tenido tiempo de sobra para llegar aquí.

-¿No les habrá ocurrido algo, después? -dudó otro.

-Aquí estamos, muchachos -anunció Baer, dejándose ver-. ¿Y los demás?

-Creemos que bien, porque no se ha oído rumor de lucha por ninguna parte. ¿Qué ha pasado para que tardarais tanto en quitar la energía?

-Ha habido dificultades -explicó Baer lacónicamente-. El patrón ha pagado los vidrios rotos.

-¿Está muerto? -ahora se daban cuenta del bulto que llevaba Baer sobre los hombros. Un repentino pánico se apoderó de ellos.

-No -rió el gigantón-. Tiene la cabeza demasiado dura... Tú, Dinguy -agregó, dirigiéndose a otro-. Acércate a uno de los refrigeradores y trae un poco de hielo o agua fría, si la hay. Eso le reanimará.

Entretanto habían ido llegando nuevos grupos. Baer pasó revista.

-¿Estamos todos ya? -preguntó, porque le parecía que faltaba alguien.

-Todos, menos Dandy y Sluper. Se han quedado ahí afuera para avisarnos con tiempo si hay sorpresas -respondió uno de los últimos en unírseles.

-Bien hecho. Tres de vosotros acercaos a la sala de control de máquinas y atad bien a los dos hombres que hay allí. ¿Habéis dejado abierta la escotilla que os dije?

-Sí -aseguró uno-. Yo mismo lo he hecho... ¡No creerás que iba a olvidárseme que hemos de salir por algún lado!

-Eres tan bruto, que no me extrañaría -replicó zumbonamente Baer, con su siempre elegante modo de hablar.

Dinguy regresó con lo pedido y, a poco, Dennison daba señales de vida, ahogándose entre aquella inesperada ducha. Luego de estornudar sonoramente varias veces para expulsar de sus pulmones el agua que se le había introducido, quedó a gatas en el suelo, mirando a las oscuras siluetas que le rodeaban, todas las linternas inconscientemente dirigidas hacia él.

Al pronto no supo dónde se encontraba, ni quiénes serían aquellos individuos. Lo único que comprendía con toda claridad era el formidable dolor de cabeza que le atenazaba, amenazando con volverle a sumir en el país de los sueños.

Trató de ponerse en pie, y se tambaleó inseguro. Hubiera caído a no ser por la voluntariosa ayuda que le prestaron dos de los penados.

-¿Que tal te encuentras, *boss*? -preguntó Baer, plantándose frente a él.

-¡Quítame esa argolla de hierro que llevo en la cabeza y empezaré a sentirme bien! -replicó con el burlón acento que le era habitual. Pero, con un gemido, volvió a dejarse caer al suelo-. ¡Debo tener la cabeza partida en dos!

Baer empezó a preocuparse. Dennison no parecía en condiciones de dirigir la operación, y él no estaba demasiado seguro de lo que había de hacerse. Finalmente optó por hacer las cosas a su manera.

-¡Vosotros dos! -señaló a Dinguy y otro-. ¡Traed las sierras!

Las abrazaderas no estaban construidas con el diabólico metal de la caja, pero aun así resultaba tediosísima la tarea de aserrar los gruesos flejes de acero, y antes de que hubieran podido profundizar un milímetro se vieron obligados a reponer las hojas de las sierras circulares. La falta de energía eléctrica hacía el trabajo aún más difícil al tener que moverlas a mano.

Llevaban más de media hora de trabajo.

-¡A este paso no terminaremos en toda la noche! -se lamentó Baer-. ¡Y esos tíos pueden abrir las puertas en cualquier momento!

Al cabo de una hora más, Dennison parecía haberse recuperado lo bastante, y se acercó a ver lo que hacían.

-¡Trabajo perdido, muchachos! -rió, encendiendo la sangre de Baer, que le hubiera estrangulado gustosamente-. Las sierras eran el último recurso.

Baer se le quedó mirando, vacilante entre seguir su impulso de pegarle o echarse o llorar.

Finalmente optó por preguntar:

-¿Cómo hay que hacerlo, pues?

Dennison no contestó directamente. Encaminándose a la caja de herramientas que había reunido pacientemente, unos pocos instrumentos cada día, empezó a armar un artefacto.

-Los flejes nos llevarían muchas horas de trabajo, Baer, ¿no lo comprendes? Yo no soy aficionado a hacer las cosas rudamente, pero, cuando no hay otro remedio... Lo más sencillo sería abrir la caja aquí mismo, pero la única forma de hacerlo es disolviéndola, y entonces podríamos dañar algunos de los aparatos que contiene. Habremos de llevárnosla, como sabes.

-Sí, de acuerdo. Pero, ¿cómo la piensas sacar de ahí?

-Con esto.

Mostró lo que había estado haciendo.

Es un aparato que ahora no se utiliza apenas, pero en la antigüedad tenía mucha aplicación: se llamaba *gato elevador*. Un hombre solo puede

ejercer enorme fuerza con él.

-¿Y qué piensas conseguir con eso?

-Una de dos cosas: deslizaría hacia arriba por entre los flejes, con lo cual podemos hacer limpiamente el trabajo, o arrancar los remaches que unen las abrazaderas al mamparo.

Introdujo el *gato* por entre los soportes que apoyaban la caja en el suelo y empezó a accionar la palanca. De momento no pareció obtener resultado alguno, pero un minuto después la máquina se negaba a seguir adelante con la misma facilidad.

Dennison tuvo que pedir ayuda a Baer.

-¡Ya se mueve! -exclamó Dinguy alborozado, al cabo de unos instantes.

Ellis había tenido buen cuidado de situar el *gato* lo más exactamente posible en el centro del fondo de la caja, a fin de ejercer una presión equilibrada. Esto y la extraordinaria dureza del material con que estaba construida, que había impedido que los flejes la mellaran, permitió que se deslizara con relativa suavidad hacia arriba. En un cuarto de hora la tenían lo suficiente alta para que resultara peligroso seguir arriesgándose a que se precipitara desde arriba.

Finalmente, uniendo las fuerzas de todos ellos para mantener el armatoste en equilibrio mientras acababan de subirlo, introdujeron unas largas barras de hierro por debajo, apoyándolas en el fleje superior, que ahora quedaba a nivel inferior al del fondo de la caja.

Luego solo fue cuestión de brazos el transportarla sobre aquella especie de angarillas, relevándose continuamente el equipo de seis hombres que sudaban y renegaban ante el desacostumbrado ejercicio.

Y media hora más tarde, con un retraso de casi dos sobre el tiempo previsto, salían en procesión, perdiéndose en el espeso bosque. Las linternas los ayudaban a encontrar con relativa facilidad su camino.

Lizzie, que había estado ausente durante la operación, surgió de pronto entre la oscuridad, yendo a posarse en la ya familiar percha de Dennison.

El horizonte sobre el mar insinuaba ya una leve claridad indicadora de que el alba se aproximaba... y que contaban con poco tiempo para eludir la persecución de que, sin duda, iban a ser objeto por los chasqueados ocupantes del *Alpha Persei* que, con seguridad, estarían ocupadísimos tratando de forzar alguna de las compuertas que los aislaban. Y, más pronto o más tarde, lo lograrían: medios no les faltaban para ello, pese a haber quedado sin energía eléctrica, puesto que en una astronave, donde casi cada riesgo estaba previsto, no podía dejarse de lado la necesidad de hacer esto mismo en condiciones semejantes, que podían darse incluso en pleno espacio.

E1 sol de aquel sistema se encontraba ya más de dos horas a la vista cuando los cansados porteadores de la caja propiedad del millonario Perkins arribaron al lugar de la cita con los componentes de la banda *Sagitarii*.

Bernard no puso muy buena cara al ver a tanta gente.

-¿Era preciso que reclutaras a todos los..,?

-Los necesarios -le interrumpió Dennison con voz que no admitía réplica-. Nadie me impuso límites al respecto, recuérdalo.

-Pero es demasiada gente...

-Eres un tipo curioso, Bernard -sonrió Ellis, irónico-. ¿Tan corto andas de memoria... y de entendederas? ¿Crees que esa cajita se puede llevar debajo del brazo durante dos buenas horas de camino?

-No creo que fuera necesario traerla... -se defendió Bernard débilmente-. Si la hubieras abierto allí...

-¡Claro! -Dennison fingió maravillarse-. ¡No se me había ocurrido!

Bernard tomó nuevos alientos, viendo la aparente confusión de aquel cretino a quien sus jefes tenían por una maravilla.

-¡Arréglatelas como puedas! ¡Abre la caja ahora mismo!

Dennison le miró como si se tratara de un bicho raro.

-Me has visto la cara de tonto, ¿verdad? ¡Idiota! ¿Cómo iba a abrirla en el sitio en que estaba, o aquí, si vamos a eso? ¿Te han dado órdenes de hacerlo? Pues dile de mi parte al que te lo haya mandado que haría mejor en dedicarse a la caza de carísteos en Aldebarán. Tengo entendido que son tan dóciles que, si te descuidas, se te meten ellos solos en el zurrón.

Bernard, aunque no sabía dónde estaba su yerro, quedó apabullado.

-No... Si yo...

-¡Si tú no pintas nada, ya lo sé! ¡Carga hacia arriba con todos nosotros... sin olvidar la caja, y ya me encargaré yo de recibir las broncas... o de distribuirlas!

El hombre creyó ver una salida.

-No cabemos todos. Habrá de quedarse alguien.

-¡Tú y tu compañero! ¿Te parece bien?

-Nosotros hemos de pilotar. Pero ni aun así hay sitio para todos vosotros.

-No te preocupes. Llevo conmigo tan buenos pilotos como podáis serlo vosotros. En el primer viaje subiremos diez de mis hombres y yo, con la caja. Luego ya vendrá alguien a recogeros a los demás. ...

Bernard hubiera querido resistirse, pero era tanta la autoridad que emanaba de Dennison que no supo encontrar argumentos válidos. Ni siquiera se le ocurrió que una simple consulta por radio hubiera zanjado el

asunto sin lugar a discusiones.

Dennison distribuyó rápidamente sus órdenes.

-Tú te quedarás aquí, Baer. Antes de una hora habrá venido alguien para recogeros -volviéndose hacia Bernard, pidió-. Danos las contraseñas para pedir entrada en vuestra nave, y las coordenadas para localizarla rápidamente.

El aludido obedeció, sin fuerzas para hacer otra cosa.

En pocos momentos tuvieron acomodada la famosa caja en lugar seguro, treparon los escogidos para acompañar a Dennison, sin que *Lizzie* se quedara atrás, y la pequeña navecilla se elevó vertiginosamente, desapareciendo en cuestión de segundos.

La astronave de los contrabandistas-piratas era relativamente pequeña: una embarcación de recreo en realidad, pero capaz de cruzar la Galaxia de un extremo a otro con la misma facilidad que el más monstruoso carguero.

No llevaba a la vista ningún distintivo que permitiera identificarla.

Naturalmente que, cuando abandonaron el hangar para encontrarse frente a media docena de irritados individuos que los amenazaban con sendas armas de repulsivo aspecto, éstos ya sabían que Bernard y su compañero no viajaban con ellos. La ausencia de sus voces en el intercambio de instrucciones para el abordaje había bastado para ponerles sobre aviso. Lo que ignoraban era el motivo de que las cosas se desenvolvieran en esta forma.

-¿Qué habéis hecho con Bernard? -interrogó el que parecía gozar de mayor autoridad en el grupo-. ¡Alzad bien los brazos!

-Bueno, muchachos -Dennison obedeció, volviéndose hacia sus compañeros-. Haced lo que os manda el jefe. Parece que es costumbre en esta casa.

Veinte manos buscaron la vertical. Hasta *Lizzie* elevó sus larguísimos brazos imitando a su amo.

Hubo un largo y embarazoso silencio. Cada cual se abstenía de hablar por distintos motivos: los tripulantes de la astronave esperando a que Dennison ofreciera sus explicaciones; éste, por su parte, aguardaba a que se las pidiesen, negándose a hacer el primer movimiento; y sus hombres se limitaban a no hacer nada.

Fueron, por fin, los de la *Sagitarii* quienes cedieron terreno.

-¿Dónde está Bernard? -insistió el otro- ¿Y la caja?

-Calma, jefe, calma -pidió Dennison-. Primero, presentémonos. Supongo que sabe quién soy: Ellis Dennison, a sus órdenes. Estos -se volvió ligeramente, diciendo en voz baja- ¡Contestad cuando os nombre!... Son -prosiguió normalmente-, Dinguy -el aludido inclinó la cabeza-, Sliper...

-¡Basta ya, Dennison! ¡No estamos aquí para verte hacer payasadas!

Ellis se irguió, fingiéndose terriblemente ofendido. En su interior estaba satisfechísimo porque aquella táctica de sacar a la gente de sus casillas parecía dar resultados magníficos, como ya le ocurriera otras veces.

-Bueno... Si vamos a empezar así, yo no quiero saber nada. Desde pequeño me han enseñado que las personas deben saber con quién hablan, así que si os negáis a cumplir con este elementalísimo deber social, me largo. ¡Vamonos, muchachos!

Dio media vuelta, como disponiéndose a cumplir su amenaza. Sus hombres, no sabiendo si tomar o no en serio aquella actitud absurda, parecieron imitarle.

-¡Quietos todos! -aquel tipo estaba a punto de estallar, y Dennison juzgó prudente no tirarle demasiado de las orejas. Obedeció-. ¡Al primero que se mueva, lo pulverizo en el acto!

Ellis sabía que aquellos rifles eran capaces de convertir literalmente en realidad la amenaza. Volvió a darle la cara.

-¡No hay que ponerse así, hombre! ¡Si su nombre es tan repulsivo que no quiere decirlo, le pondré otro más bonito! ¿Le gusta... veamos -pareció recapacitar profundamente-... Shylock? -hizo una pausa, moviendo negativamente la cabeza-. No, no le gusta. Le llamaré solamente *Shy*[1].

-¡¡Dennison!! -tronó el otro, con el dedo encorvado sobre el disparador-. ¡Una palabra más y no pienso en lo que pueda ocurrirme si termino contigo! ¿Dónde están Bernard y su compañero?

-Ahí abajo -respondió simplemente Ellis, indicando con el dedo hacia el suelo, sin bajar la mano-. Vivos, sanos y en buena compañía, si es lo que quieres saber. Creo que será mejor que envíes a alguien en su busca, para que no se impacienten. ¡Ah! Y que no se olviden de los muchachos que me quedan abajo. Son once.

-¿Once más? -*Shy* no era capaz de resistir semejante tensión de nervios. Su arma apuntó hacia el suelo, pareciendo que, de pronto, había desaparecido todo su mal humor. Volviéndose hacia uno de los que le acompañaban, ordenó- Baja a recoger a Bernard y Thaer. ¡No traigas a nadie más!

El aludido afirmó con la cabeza, disponiéndose a obedecer. Dennison le interrumpió cuando aún no había dado un paso.

-No le hagas caso. *Shy* tiene muy buen corazón, pero ahora está nervioso, ¿verdad, hermano? -terminó, mirando al jefe del grupo.

Algo en su mirada obligó a *Shy* a apartar los ojos, fijándolos en el suelo. Sin embargo trató de resistir.

-¡Aquí el que manda soy yo! -rugió-. ¡Y no subirá nadie más a bordo!

-Entonces, más vale que nos bajes a nosotros, con la caja -replicó Dennison sin perder su sonrisa-. Hasta que no estén aquí arriba Baer y los muchachos que le acompañan no pienso hacer nada por abrirla.

El otro quedó desconcertado. No había entrado en sus proyectos el que fuera Dennison quien diese las órdenes.

-¡Ya discutiremos eso más tarde! -se rindió *Shy*, no queriendo, sin embargo, perder completamente su apariencia de autoridad-. Es muy posible que salgáis todos a dar un paseo por el espacio. ¡Tráelos, Chavez!

Chavez continuó la marcha, moviendo la cabeza dubitativamente. Dennison reanudó el ataque.

-¡Oye, *Shy*! ¿Por qué no os convencéis de que no llevamos encima ningún cañón? ¡Se me están durmiendo los brazos!

-¡Iros al diablo, y haced lo que os venga en gana! -dando media vuelta, *Shy* fue a retirarse, pero se detuvo al recordar algo-. ¡Y no vuelvas a llamarme de esa forma! ¡Mi nombre es Roberts!

Desapareció en un recodo, dejándolos a cargo de sus subordinados.

Ellis se hizo cargo del mando.

-¡Oye, tú, *Cara de Ángel*! -naturalmente, el individuo a quien hablaba tenía el rostro más horrible que se pudiera contemplar-. ¿Dónde tenemos nuestros aposentos?

-Por ahí -señaló vagamente el otro.

-Andando, muchachos -habló para sus hombres-. Esta gente quiere, por lo visto, que lo hagamos todo nosotros.

Les proporcionaron un departamento que hubiera sido cómodo y amplio para tres o cuatro, pero que resultaba estrechísimo para los veintidós hombres que habían de ocuparlo. Algunos de los penados gruñeron en voz baja su mal humor.

-¡No preocuparos, muchachos! Esto es sólo cuestión de unos días -animó Dennison-. Dentro de poco nadaremos en la abundancia.

Una hora larga tardó Chavez en regresar con el resto de la gente. Baer sonreía de oreja a oreja.

-¡Créeme, patrón, que no estaba demasiado tranquilo! Hubo momentos en que pensé que nos habías dejado ahí abajo.

-Yo nunca abandono a mis amigos, Baer. ¡Recuérdalo!

Roberts apareció en el abarrotado camarote, deteniéndose indeciso a la puerta.

-Ya les tienes aquí, Dennison. Cumple ahora tu parte.

-Todavía no, *Shy* -Ellis buscaba poner frenético al otro, acorralándole-. ¿Quién me dice que, cuando la haya abierto, no nos enviarás a todos a dar un paseíto por el espacio?

-Ya te habló Bernard de nuestros planes para contigo. Son la pura verdad.

-Perdona que no confíe en tu palabra, hijo. Comprenderás que *a mí* me interesa la proposición; pero no sé si con vosotros ocurre lo mismo.

-¿Qué garantías quieres, diablos? -se impacientó el otro.

-Igualdad de trato para todos. Tus hombres están armados; nosotros, no.

-¿Quieres que os proporcione armas para que nos eches a nosotros y puedas largarte tú solo con el botín? -preguntó irritado Roberts-. ¡Ni lo sueñes!

-¡Está bien, hombre, está bien! -pareció ceder Dennison-. ¿La abrimos aquí mismo?

-Sí. Pero antes equilibraremos las fuerzas, encerrando a la mitad de tus hombres...

-¡Ni hablar! Prefiero que quedemos así. ¡Vosotros! -se volvió hacia los penados- alinearos a lo largo de esa pared para no estorbar. Tú, Roberts, con los tuyos, al lado de la puerta.

Obedecieron sin rechistar.

-Ahora necesito ciertos ingredientes. Supongo que el laboratorio de a bordo estará bien abastecido.

-Regular -asintió Roberts-. ¿Qué necesitas?

Dennison se lo dijo.

-¿Eso? -Roberts entornó los ojos-. ¿No se abre con una combinación eléctrica?

-¡Sí, idiota! Pero, ¿quieres, acaso, que nos estemos probando hasta el día del Juicio Final? Voy a disolver la caja con eso que te he dicho. Es mucho más sencillo.

Roberts se volvió hacia uno de sus hombres, dándole las órdenes oportunas.

Esperaron a que regresara.

Cuando hubo hecho dos o tres viajes, Dennison tenía a su alrededor media docena de frascos de ingredientes.

Tomando una probeta, vertió cuidadosamente en ella distintas proporciones de los materiales puestos a su disposición, agregándole el líquido de otro frasco. Agitó bien la mezcla, logrando un producto grisáceo, casi incoloro que luego, con ayuda de la mano, extendió sobre la superficie de la caja.

-¿Ya está? -inquirió Roberts-. No has utilizado ese otro...

-¡Cállate... si sabes! -cortó Dennison, absorto en lo que estaba haciendo-. Aún falta un rato.

Vertió una buena porción del contenido de la redoma indicada por Roberts, retirándose luego al fondo de la estancia.

-Ahora hay que esperar cosa de cinco minutos. La reacción tarda en producirse.

Los veintitantos hombres que se apiñaban a lo largo de los mamparos miraron como hipnotizados hacia la caja, esperando ver el milagro que anunciaba Dennison. ¿No empezaría nunca a disolverse aquel maldito metal?

CAPÍTULO X

El comodoro Jervis estaba que se subía por las paredes.

-¡Atreverse a hacer una cosa así! ¡Si los pesco no voy a dejarles ni un milímetro de piel en el cuerpo! ¡A latigazos les descubro el esqueleto entero!

-Lo que no comprendo -decía Yosuke Hata, con su hablar reposado- es el motivo que les ha impulsado a hacerlo. ¿Qué esperan ganar con llevarse ese tesoro a otra parte del planeta?

Nick Sutter asintió a esto.

-Estamos de acuerdo. Sin embargo, Dennison no es de los que hacen las cosas a tontas y a locas, y sus motivos habrá tenido. Yo, que le conozco bien, aconsejaría que no nos molestáramos en perseguirle. Aparecerá por aquí en cualquier momento.

-¿Cómo lo sabe? -preguntó vivamente Jervis.

-Fácil de deducir: si no posee medio de salir del planeta ni de aprovechar en forma alguna el contenido de la caja, aun en el problemático supuesto de que pudiera abrirla, la consecuencia lógica es que trata de ejercer sobre nosotros alguna especie de chantaje, cuyo objeto no consigo imaginarme por ahora. Creo que debemos esperar a que enseñe sus cartas en el juego.

-¡Yo no estoy de acuerdo, señores! -terció Lew Perkins, también presente-. ¡Hemos de recuperar cuanto antes esa caja, ya que, de lo contrarío, se corre el riesgo de perder o, al menos, deteriorar su contenido! No se trata solamente de que representa toda mi fortuna, sino también por la dificultad de sustituir cualquier cosa que quede inservible.

-Están hablando ustedes como chiquillos -dijo Lizzie Perkins, que se sentaba al lado de su padre-. Aún no hemos conseguido salir de aquí, y ya discuten sobre si conviene o no hacer esto o lo otro, cuando, aunque quisieran, no podrían.

-Saldremos, no lo dudes, Lizzie -aseguró Sutter-. Antes de una hora los hombres habrán conseguido forzar una de las compuertas. Disponemos de medios suficientes.

Tardaron más de una, y de dos horas, en abrirse paso. Dennison llevaba un buen rato a bordo de la astronave de la *Sagitarii* cuando consiguieron ver la luz del sol.

-Y ahora, ¿qué? -quiso saber Jervis-. ¿En qué dirección les seguimos, si quien mejor conoce la selva que nos rodea es el propio Dennison? La ha estado recorriendo continuamente desde nuestra llegada.

Perplejos, optaron por esperar los acontecimientos. Nadie, salvo la persona que escuchara la conversación en la bodega entre Dennison y Lizzie Perkins, sabía que por encima de sus cabezas había una astronave

situada en órbita alrededor de Glaucia.

A media tarde apareció el fugitivo al borde del bosque. Sin demostrar el menor temor caminó hacia la *Alpha Persei*.

* * *

Ellis dejaba transcurrir los segundos, paseando la mirada de la caja a los hombres que le rodeaban.

De pronto, como puestos de acuerdo, empezaron a desplomarse por todas partes. Ninguno de ellos se dio cuenta de que se quedaba dormido.

Dennison actuó rápidamente entonces. Tomando el rifle desintegrador de uno de los secuaces de Roberts, abrió la puerta. Otros dos individuos armados formaban guardia allí, y al verle alzaron sus fusiles.

Sin vacilar un segundo los abatió de sendos disparos.

Sólo entonces dejó de contener la respiración, y cerrando la puerta de la estancia donde permanecían los narcotizados, luego de introducir en ella a sus dos víctimas, se dedicó a recorrer la nave en busca de más enemigos.

Por lo menos quedaban en ella Bernard y Thaer, sus primeros conocidos de la cuadrilla.

Cautelosamente se encaminó hacia la proa, calculando que donde más posibilidades tenía de hallarles era en la cámara de mandos.

-¡Eh, oye! ¿Dónde está...?

Se volvió, sorprendido ante esta voz que sonaba a sus espaldas. El otro quedó tan pasmado como él al reconocerle. Era Bernard.

Pero también era rapidísimo el contrabandista en sus decisiones. Viendo que Dennison iba armado, sospechó que algo no funcionaba normalmente y echó mano en el acto a su pistola, al tiempo que gritaba:

-¡Cuidado, Thaer!

Dennison maldijo su falta de cuidado al no detenerse a echar un vistazo en todos los departamentos que había dejado atrás. Por lo que sabía, el número de sus adversarios en libertad podía ascender a un centenar.

El primer disparo de Bernard pasó alto. Afortunadamente lo hacía con bala. Dennison replicó con una descarga del desintegrador, y parte del dintel de la puerta tras la que se ocultaba desapareció. Bernard lanzó un chillido de susto al ver los efectos demoledores del arma.

¡Lo que estaba temiendo!

En el cuarto de derrota había también alguien, y ahora se acercaba a todo galope para averiguar los motivos de aquel escándalo. Dennison estaba acorralado en aquel pasadizo, sin lugar alguno donde ocultarse.

Esperó agazapado, ofreciendo el mínimo blanco posible, con los ojos clavados en el lugar donde estaban Bernard y Thaer. Sus oídos permanecían atentos a la aproximación de los que venían por su espalda.

Y repentinamente, cuando calculó que era el segundo exacto, oprimió

el gatillo en dirección al escondite de Bernard, para volverse casi con el mismo movimiento hacia el lado contrario. Un hombre que llegaba lanzado, recibió la descarga en pleno pecho y Dennison no se preocupó más de él. Estaba fuera de combate.

Pero en aquel momento un abejorro de plomo se hincó profundamente en su antebrazo, casi obligándole a soltar el desintegrador. Bernard no estaba tan atemorizado como él creyera, y había aprovechado la ocasión para dispararle a mansalva.

Ciego de rabia, Dennison corrió hacia el hombre alcanzado por su descarga, con ánimo de refugiarse tras la esquina por que apareciera... y tropezó violentamente con otro que llegaba a continuación.

Rodaron por tierra, y Ellis se golpeó en el brazo herido, casi desvaneciéndose de dolor. Pero era su vida la que se jugaba y no podía permitirse debilidades. La mano sana, con la pesada arma asida, se disparó contra la cara del otro. No logró eliminarle por completo, pero sí lo bastante para mejorar algo su posición.

Un puño le golpeó en el cuello, casi hundiéndole la tráquea. Medio ahogado replicó con un rodillazo que hizo aullar al hombre, y Dennison quedó encima, apoyándose con todas sus fuerzas sobre el rifle atravesado en la garganta de su enemigo, formando un dogal que le estrangulaba. El rostro comenzó a ponérsele azul, a la vez que dejaba asomar una monstruosa lengua por la boca y cesaba en su resistencia.

Dennison se alzó tambaleante, casi perdida la conciencia de dónde estaba. Una bala se le incrustó en la cadera, haciendo que la pierna le fallara y, casi sin mirar, disparó. La potente carga dio en el blanco, pero Dennison no pudo darse cuenta de ello en seguida.

Estaba al borde del desvanecimiento.

Medio arrastrándose, continuó su marcha, olvidado de que Thaer aún era enemigo. Pero el pobre estaba tan asustado que de momento había dejado de ofrecer peligro alguno. Su único pensamiento estaba en la huida.

Ellis alcanzó por fin la cámara de control, dejándose caer exhausto sobre uno de los sillones de los pilotos. Allí permaneció unos minutos, recuperando las fuerzas y cerciorándose de que sus heridas no eran graves. Anudó un pañuelo en la del brazo para contener la hemorragia.

Acometido de una súbita idea, se levantó, realizando un somero registro en busca de algo... Cuando lo hubo encontrado se quedó indeciso unos instantes y, por fin, reemprendió el camino de regreso.

Convenía inutilizar a los anestesiados miembros de la *Sagitarii* para que él pudiera considerarse dueño absoluto de la nave.

Fue al tropezarse con los cadáveres de sus tres últimos adversarios que se acordó de Thaer. Un estremecimiento recorrió su espina dorsal. ¿Cuánto tiempo llevaba Thaer suelto? ¿Qué estaría haciendo?

-¡Suerte que no le ha dado por presentarse cuando me encontraba tranquilamente descansando! -pensó.

Con el desintegrador preparado, atento al más mínimo rumor, siguió la marcha hacia el departamento donde había *abierto la caja*.

Lo primero que le llamó la atención fue que la puerta, que él dejara cerrada, estaba abierta.

Por un instante le acometió el pánico de que hubiera aspirado el gas; pero luego recordó que ya había transcurrido el suficiente tiempo para que se diluyera en el aire de la nave hasta ser totalmente inofensivo. Pero ello traía consigo otra interrogante. Thaer había abierto la puerta, eso era indudable. Habría tomado uno de los desintegradores. ¿Dónde estaría ahora esperándole para cazarle?

Extremando sus ya minuciosas precauciones, Dennison se deslizó por junto al tabique con todos los nervios en tensión, procurando no hacer el más mínimo ruido.

Finalmente llegó ante la puerta... y lanzó un suspiro de alivio. Thaer estaba allí dentro, víctima del gas. A punto estuvo de prorrumpir en carcajadas al recordar el mal rato que había pasado.

En pocos segundos tuvo totalmente desarmados a los contrabandistas. Eran, contando a Thaer, seis. El pobre *Lizzie*, tan dormido como los demás, quedó a sus pies. Dennison rogó por que el gas no le hubiera perjudicado en su naturaleza, distinta a la de los terrestres.

Transcurrió una tediosa hora. Las heridas de Dennison le producían fuertes dolores, especialmente el torniquete que llevaba en el brazo izquierdo. Por fin los dormidos comenzaron a rebullir.

Primero fue uno de los hombres de Roberts, quien alzó la cabeza tratando de enfocar los ojos. Antes de que acabara de percatarse de la situación, Baer, haciendo honor a su naturaleza de toro, se sentó, palpándose un chichón que se hiciera en la frente al caer.

En diez minutos más, la situación había vuelto a ser la misma, con la ligera variante de que ahora los prisioneros, sin paliativo alguno, eran los de la *Sagitarii*.

-¿Te ha gustado la broma, *Shy*? -preguntó Dennison.

-¡Maldito seas! -replicó el otro, colérico-. ¡Esto lo pagarás caro!

-No lo dudo. Como me coja el *Gran Arquero*... ¿se llama así vuestro Jefe Supremo?

La respuesta fue una frase no apta para la impresión.

-¡Caray, no te pongas así, hombre! Son cosas del juego... ¡Fíjate qué hermosos tesoros tiene la caja en su interior!

Todos los ojos se volvieron hacia el lugar indicado. La famosa caja permanecía tan entera como al principio.

-¡Buena me la has jugado, canalla! -barbotó Roberts.

-Oye, patrón -medió Baer-. ¿Era preciso que nos durmieras a nosotros también? ¡Fíjate qué bulto me ha salido en la frente!

-No ha habido más remedio, hijo. ¿Cómo iba a avisaros? Dad las gracias a que todo ha salido bien. Por poco os despertáis en el otro mundo... Que os lo cuente el amigo Thaer.

Roberts interrogó con la mirada al nombrado.

-Sí -asintió éste-. Estuvimos a punto de cazarle... pero fue él quien mató a Bernard y los dos pilotos. Yo pude escapar. Me vine hacia aquí para ver qué había pasado y, al abrir la puerta, aspiré el gas.

-¡Sigues tan idiota como siempre! -Roberts le volvió despectivamente la espalda-. ¿Qué piensas hacer con nosotros, Dennison?

Este se encogió de hombros.

-Aún no lo sé, Tendré que pensármelo.

-Te encuentras en mala posición: perseguido por la policía... enemistado con la *Sagitarii*, que no perdonará medio para acabar contigo. ¿Qué amigos te quedan?

Dennison sonrió humorísticamente.

-¿Tú crees que los necesito? Tengo éstos -señaló con un gesto a los individuos reclutados por Baer-. Pero, aunque no los tuviera... Tu difunto amigo Bernard me dijo en cierta ocasión que yo era un lobo solitario... ¿Sabes lo que es eso?

Roberts asintió mudamente.

-Caerás, no lo dudes, a pesar de todo.

-¿Y quién no cae más pronto o más tarde? Tengo la impresión de que si nos entregamos a la policía, con la caja intacta, esta astronave y un buen puñado de prisioneros de la *Sagitarii*, que son los presentes, más los infiltrados a bordo de la *Alpha Persei*, a quienes no resultará difícil desenmascarar... Pese a lo que tú crees -añadió al ver el escéptico gesto de Roberts-, lograremos una sustanciosa reducción en nuestras condenas. Nadie de nosotros es asesino, porque a los asesinos no los envían al *Hell's Corner*. El lugar a donde van a parar tiene un nombre más breve: *Hell*[2], solamente.

Roberts palideció.

-¿Piensas entregarnos a las autoridades... pese a que ello signifique que tú debas ir a cumplir tu condena?

-¡Sí! Depende, desde luego, de lo que decidan mis muchachos. Yo no mando en ellos hasta ese extremo. Pero, por mi parte, puedes tener la seguridad de que vosotros, los contrabandistas de drogas, que durante siglos habéis sido una plaga para la Humanidad, más terrible y mortífera que la peor de las epidemias, no me merecéis ni siquiera la consideración de personas. Cualquier reptil es más digno de vivir que vosotros... y por mi gusto os ejecutaría aquí mismo, ahora. Pero quiero hacer todo el daño

posible a vuestra organización... destruirla sí está a mi alcance hacerlo. Y para eso os necesito vivos, para que las autoridades saquen de vosotros toda la información que les sea posible.

Era tanto el odio que rezumaban sus palabras, que Roberts se echó atrás, atemorizado, no atreviéndose a replicarle.

Dennison se echó a reír, alardeando del formidable dominio que poseía sobre sus emociones, hasta el extremo de saltar de la más terrible cólera al humorismo en un segundo.

-¿Te ha gustado el discurso, *Shy*? La política perdió un gran orador en mí cuando elegí mi profesión. ¡Encerrad a éstos en lugar seguro, Baer! Necesitamos celebrar consejo de guerra sin vernos obligados a mantener un ojo sobre ellos.

CAPÍTULO XI

La procesión que seguía a Dennison era pintoresca, y los que vieron surgir de la selva al grupo quedaron unos instantes boquiabiertos de asombro.

Detrás de Ellis marchaban Roberts y sus cinco hombres, trompicando, sudorosos y medio muertos de cansancio, acarreando la pesada caja de Lew Perkins. Vigilándoles estrechamente, y armados como para una batalla, los rodeaban Baer y siete de sus reclutas.

-¡Denny! -gritó Lizzie Perkins, una de las primeras en salir a su encuentro. La muchacha no sabía si alegrarse de volver a verle o soltar un torrente de insultos, impropios de una dama, ante la jugarreta de que el penado les había hecho objeto.

-¡Hola, cariño! -respondió Dennison con todo desparpajo-. Ya estamos de vuelta... con la caja intacta.

-¿No... no has podido abrirla? -se asombró ella.

-Bien sabes que sí he podido... pero no he querido hacerlo. Se podría haber estropeado algo de lo que contiene.

-¿Para qué te la has llevado, pues? -intervino Sutter, con cara de pocos amigos, acercándose.

Roberts y compañía, no pudiendo más, optaron por dejar su carga en el suelo.

-¡Eh, vosotros! -gritó Baer, muy poseído de su papel de capataz-. ¡Nadie os ha mandado descansar! ¡Adelante, y dejad que hablen los hombres!

Su intención era dejarla en la bodega, en el mismo lugar de donde la sustrajeran.

Roberts estaba tan asustado que fue el primero en obedecer sin protesta, pese a que no podía con su alma.

La caja siguió su camino. Nadie se atrevió a interponerse en lo que hacían aquellos individuos de rojo uniforme, armados hasta los dientes.

-¿Para qué crees tú, Nick? -preguntó Dennison sin perder su plácida sonrisa, y guiñándole un ojo.

-¡Ya me estás haciendo perder la paciencia! -amenazó Sutter, avanzando un paso en actitud agresiva-. ¿Qué objeto persigues con todo esto?

-¡Cuidado, Nick! Ten en cuenta que soy un hombre herido...

-¿Estás herido? -Lizzie aún no se había percatado del vendaje que llevaba al brazo-. ¿Es grave, Denny?

-No, nada de particular, pequeña -sonrió tranquilizadoramente. Volviéndose hacia Sutter, prosiguió-: Aun no me has preguntado quiénes son esos porteadores que he contratado en la selva... ¿Les conoces acaso?

-¿Qué quieres decir con eso? -Sutter estaba frenético, como lo estuviera Roberts varias horas atrás-. ¡Acompáñame a hablar con el comodoro! ¡Allí nos dirás todo lo que has hecho y por qué!

-Perdona, pero no puede ser. Antes he de vigilar que la caja quede perfectamente acomodada en su sitio. Ya sabes que no es posible dejarla donde estaba antes y habrá que habilitar alguna manera de que quede bien sujeta. ¿Vienes, Lizzie?

Ella, olvidados los rencores de las últimas horas, se le colgó del brazo sano sin replicar. Sutter se quedó mirándoles con expresión asesina, y finalmente optó por seguir a la pareja.

Con toda cachaza, Dennison permaneció largo rato en la bodega de carga, dando órdenes, sin las que se hubieran podido pasar perfectamente los qué arrastraban la caja, hasta acomodarla donde él dijo, y desesperando a Sutter, que no podía disimular su sospecha de que todo aquel retraso en dar cuenta de sus acciones era preparado, única y exclusivamente, para fastidiarle a él.

Finalmente Ellis se manifestó dispuesto a acompañar a Sutter.

-Proporcionad alojamiento a toda esa gente, Baer -ordenó como despedida-. Y, de momento, que no se muevan de allí. ¡Cuando quieras, estoy a tus órdenes, Nick!

Sin pronunciar palabra para no traicionar la cólera que hervía en su interior, Sutter se encaminó hacia el departamento del comandante de la nave.

Dennison y Lizzie le siguieron sin demostrar prisa alguna, procurando quedar rezagados para que él no pudiera escuchar lo que hablaban. No era que tuviesen ningún secreto que comunicarse, sino sencillamente que la muchacha había captado la onda del humor de Ellis y le agradaba aquel juego de enfurecer a los demás con una aparente despreocupación.

Al cabo de lo que Sutter creyó una eternidad, se encontraron sentados alrededor de la mesa del comodoro Jervis.

-¡Bien! -disparó-. Ya estamos aquí. ¡Desembucha tus explicaciones, maldito!

-¡Por favor, Nick! ¿Qué te he hecho yo? Hasta hace poco te perecías por demostrarme tu amistad, y ahora...

-jAhora me has demostrado no ser digno de ella! Largarte con la caja...

-La he devuelto, ¿no? -interpuso Dennison, con aire inocente.

-¡Sí! ¡La has devuelto! ¿Y cómo sé yo que su contenido sigue allí?

-Pregúntale a Lizzie... o a su padre, si no confías en ella. Ninguno de los dos necesita abrirla para saberlo.

-¡De acuerdo! Admitiremos que no la has tocado. ¿Para qué te la has llevado pues? ¿Para ventilarla?

-Puede... Pero no quiero impacientarte más. La he empleado como cebo

para pescar.

Sutter soltó un bufido que pudo escucharse a cien metros de allí.

-¿Y qué has pescado? ¿Truchas? -inquirió, irónico.

-No... Unos bichos rarísimos, llamados hombres. Ya creo que les conoces. Son los que han cargado con el trabajo de traerla a cuestas. Seis miembros de la banda *Sagitarii*, con la añadidura de otros cinco que gozan de la gloria soñada por los astronautas: una tumba en el espacio... en medio de las estrellas... girando alrededor de soles desconocidos y remotos...

-¿*Sagitarii*? ¿Son de la *Sagitarii* esos individuos?

-Con su filiación completa. Creo que, cuando los presentes a tus superiores, te servirán de lenitivo por haber permitido que escaparan veintiuno de los penados que tenías bajo tu custodia... sin contarme a mí, que soy el número veintidós.

-Tú, y algunos otros, habéis regresado. ¿Dónde están los demás?

-Por ahí -hizo un gesto vago, que podía significar cualquier parte del Universo.

-Déjate de enigmas ya, Denny. Cuéntanos lo que has hecho, y por qué.

-Verás. Hace varios días ancló en órbita alrededor de Glaucia una astronave.

-¡¡Una astronave!! -tres voces gritaron a coro la misma exclamación de asombro.

-¡Bueno! Si vais a estar interrumpiéndome de continuo, me callo -afirmó Dennison con todo descaro, olvidando que su ocupación favorita era, precisamente, alargar las conversaciones hasta lo inverosímil, con interrupciones, bromas y salidas irónicas.

-¿Qué hacía una astronave por aquí? -preguntó Jervis, débilmente.

-Viaje de negocios, al parecer. *Pertenecía* -recalcó la palabra- a los contrabandistas y piratas de la *Sagitarii*.

-¿Pertenecía? -saltó Sutter-. ¿Ya no es de ellos?

-No. Ahora soy yo su capitán. Pero, como no quiero que a mis otros cargos se añada el de piratería, he vuelto para hacer entrega del mando.

-¿Y cómo te las has arreglado para apoderarte de ella?

-Secretos del oficio, Nick -le guiñó un ojo-. No se puede decir, para que no llegue a oídos de la competencia.

-¡Entonces podemos salir de aquí! -exclamó Lizzie, estallando de júbilo. De repente se quedó seria-. ¡Pero eso significa que tú seguirás hacia... hacia *Hell's Corner*! -terminó con un hilo de voz.

-Es posible... -sonrió con optimismo-. El único consuelo que me queda es que no estaré solo.

-Hablas en enigmas -Nick Sutter parecía extrañamente aplacado, como si condescendiera a aceptar el comportamiento de Dennison-. ¿A qué te refieres? Desde luego que allí hay mucha gente... y contigo irán más. Pero

yo sé que no has querido aludir a eso.

-En efecto. La banda *Sagitarii* en pleno me acompañará.

Sutter endureció sus facciones.

-Por experiencia sabes la gran cantidad de gente que la compone, y lo difícil que es cazarlos. Ninguno de ellos conoce más que a un pequeño grupo de compañeros, y están desligados formando unas células aisladas, sin casi contacto entre sí. De los prisioneros que has cogido apenas podrás lograr nada.

-Sé más cosas, Nick. Por ejemplo, el sabotaje a la *Alpha Persei* fue obra suya. Por tanto, a bordo habían componentes de la banda... y poseo medios para desenmascararlos.

-Aunque lo logres, ¿qué habrás conseguido? Sacar una gota de agua del mar.

-Dejo a otros... por ejemplo tú, la preocupación de lo que pueda ocurrir después. Ya os las entenderéis con los que queden. Yo, cuando rinda viaje en *Hell's Corner*, tendré al menos la satisfacción de haberme cobrado el daño que sufrí por culpa de ellos. Diez, o doce, o los que sean, vendrán conmigo o se me reunirán más tarde.

Se hizo un largo silencio, cada cual pensando en las perspectivas que les ofrecía el cambio de situación.

-¿Dónde está la astronave? -inquirió Jervis, al cabo.

-Sigue en órbita. He convencido a los muchachos que me acompañaron de que esta pequeña ayuda a la justicia puede reportarles sustanciosas reducciones en sus condenas, y varios de ellos se han quedado arriba. Cuando quieran ustedes pueden subir a radiar una petición de auxilio. Yo no lo he hecho... Sin embargo he de advertirles que nadie podrá entrar en ella sin que yo le acompañe. Mis chicos tienen órdenes tajantes en ese sentido.

* * *

El interior del *Alpha Persei* aparecía tenebroso como las cuevas del Averno. Tripulantes, pasajeros y penados dormían desde varias horas atrás, confiados en que pronto les llegaría ayuda. Al día siguiente, Dennison debía acompañar al comodoro Jervis, y éste se pondría en contacto con las autoridades para que enviaran auxilios. La nave de que disponían era demasiado pequeña para llevar cómodamente a todas las personas que ocuparan el *Alpha Persei*.

Se había retrasado la petición de socorro a sugerencia de Dennison, quien, para redondear la tarea que se había impuesto, trataba de desenmascarar a los emboscados de la *Sagitarii,* para tenerlos a buen recaudo cuando llegara la ayuda.

Alguien caminaba a tientas por los corredores. De vez en cuando surgía

de su mano un delgado rayo de luz que le permitía orientarse en la oscuridad, guiando a su vez a las tres o cuatro sombras que le seguían con el mismo silencio.

De pronto sonó una exclamación y el que iba delante enfocó su linterna hacia el suelo. Una diminuta silueta se retorcía en él, tratando de levantarse del lugar donde había estado durmiendo. El furtivo caminante la había pisado en la oscuridad.

-¡Maldito bichejo! -gruñó en voz baja el individuo.

Y retrocediendo un paso, sin dejar de apuntar al doliente animalito con la linterna, lanzó una descarga con la pistola desintegradora que llevaba. El pequeño *Lizzie* y una buena porción del suelo, se esfumaron en el acto.

Habían llegado al lugar que les interesaba. El hombre que abría la marcha señaló a una puerta con su luz.

-Abre, Owen -ordenó, casi en un susurro.

El aludido, un corpulento tripulante, aplicó un pequeño aparatito a la altura del cierre, que estaba al otro lado, mientras el que daba las órdenes le alumbraba. Unas ligeras manipulaciones y el pestillo magnético se accionó por medio de un juego de electroimanes, dejando libre la entrada.

El que dirigía la operación y otro individuo penetraron, cerrando tras de sí para evitar que ningún rumor transcendiera al exterior del camarote. Entonces encendieron la luz.

Bajo el resplandor de la iluminación indirecta vieron a Lizzie Perkins durmiendo en su cama. La muchacha se despertó inmediatamente.

-¿Qué...? -empezó a preguntar, más sorprendida que asustada.

No le dieron tiempo a decir más. Una mano cayó sobre su boca, portadora de un pañuelo empapado en un líquido de olor dulzón...

-¡De prisa! ¡Vámonos!

Sacaron fuera a la muchacha, luego de extinguir las luces, y Owen se hizo cargo de ella, alejándose en compañía de uno de sus compañeros. Otros dos siguieron por otra ruta, mientras el último, el que parecía dar las órdenes, se quedaba de guardia en otro lugar.

Estaban decididos a todo, y lo demostraron los dos que habían continuado el recorrido por dentro de la nave. Apenas dieron vista al departamento donde estaban encerrados Roberts y sus hombres, sin aviso de ninguna clase, dispararon sobre los dos reclusos que vigilaban el lugar.

Las silenciosas explosiones de los desintegradores no causaron alarma alguna. Nuevamente volvieron a funcionar, esta vez dirigidos contra la puerta, y en breves segundos Roberts y los demás estaban libres.

Rápidamente regresaron a reunirse con su jefe.

Una sucesión de golpes en la puerta del nuevo camarote que se había agenciado, despertaron a Ellis Dennison.

-¿Qué ocurre? -preguntó, acercándose a abrir-. ¿Quién llama?

-¡Abre, Denny! ¡Ha ocurrido algo muy grave ! -le llegó ahogada la voz de Nick Sutter.

Lizzie II se encaramó sobre el hombro de Dennison, y allí se encontraba al abrir éste la puerta.

Una pistola desintegradora fue lo primero que vieron sus ojos. Encima de ella el ceñudo rostro de Nick Sutter.

-¡Acompáñanos, Ellis! -ordenó-. Vas a dar un pequeño paseo.

Dennison vio por encima del hombro de Sutter a Roberts y los demás hombres de la *Sagitarii* que había capturado el día anterior.

-¡Hola, *Shy*! -saludó con su acostumbrado optimismo-. ¡No esperaba verte hasta mañana!

-¡No estamos para bromas, Ellis! -advirtió Sutter-. ¡Acompáñanos por las buenas o...!

-No me asustas, Nick. Te soy necesario para abrir la caja y no te atreverás a matarme.

El otro palideció al ver que Dennison parecía estar al corriente de sus intenciones. Sin embargo contraatacó.

-Puedo hacerme con Perkins. La chica ya está conmigo y me servirá para obligarte a abrirla... o lo hará ella con la amenaza de lo que pueda ocurrirte a ti.

-¿Dónde está *Lizzie*? -inquirió Dennison, sobresaltado.

-Fuera, con mis muchachos. Procura no resistirte, o ella lo pasará mal. Estoy desesperado, lo sabes bien, y pienso matarte al final. No me costaría demasiado apretar el gatillo ahora.

Dennison quedó pensativo unos instantes. Sabía que esto era cierto.

-No me preocupa la chica ahora, sino *Lizzie*, el hermano de éste -señaló al animalito que llevaba sobre el hombro; sabía, sin embargo la respuesta.

-Lo he matado -anunció Sutter-. ¡Ya me cargaba ese asqueroso bichito!

Dennison pareció perder la ecuanimidad por un momento. Sus puños se apretaron y estuvo a punto de arrojarse sobre el canalla, pero le contuvo el pensamiento de que no iba a lograr nada. *Lizzie II*, como si comprendiera lo que se había dicho, lanzó un lamento que casi parecía humano.

Repentinamente empezaron a ocurrir cosas. *Lizzie* saltó por encima de la cabeza de Sutter para aterrizar sobre la de Roberts, casi saltándole los ojos con sus afiladas uñas. No se entretuvo allí, sino que, con el mismo impulso y ayudado por sus larguísimas piernas, brincó como un saltamontes varios metros más allá, perdiéndose en la oscuridad.

Roberts aulló de dolor, echándose las manos al rostro.

Dennison no se estuvo quieto. Aprovechando la confusión, apagó la luz de su cuarto de un manotazo con la izquierda, mientras la derecha salía disparada hacia el desintegrador empuñado por Sutter. El arma despidió un fogonazo, pero ya había sido desviada y quedaba en poder de Ellis, quien,

de un violento empujón, arrojó a Sutter sobre sus sicarios y desapareció al galope en dirección a los aposentos de Baer y sus hombres. Eran su única esperanza.

-¡No le dejéis escapar! -aulló Sutter, incorporándose.

Pero cuando finalmente lograron encender las linternas de que eran portadores, Dennison había sido tragado por la oscuridad. Nadie tenía la más mínima idea de la dirección seguida por el fugitivo.

Dennison siguió corriendo a toda velocidad hasta alcanzar los cuarteles de Baer. En un minuto tuvo a los seis que quedaban, preparados para la lucha.

-Son demasiados para nosotros -anunció-. No podemos hacerles frente aquí porque con el estruendo comenzará a aparecer gente y no es necesario que mueran más de los imprescindibles. Salgamos a la selva.

Pero no tuvieron demasiada suerte, porque Sutter había visto las nuevas posibilidades que le ofrecía la situación, adivinando a la vez el próximo movimiento de Dennison.

-¡Vosotros! -ordenó a Roberts y los otros cinco capturados por Dennison-. No interesa que se os vea a mi lado. Salid fuera con toda rapidez. Dennison lo hará también y no quiero perderle de vista. Es demasiado peligroso. Hostigadlo mientras yo busco refuerzos. Esta vez no habrá cuartel. ¡Lo quiero únicamente muerto!

Así fue como Dennison, Baer y los demás se encontraron sometidos a un terrible fuego apenas surgieron al exterior. Roberts y los suyos estaban bien situados, y dos de los presidiarios cayeron fulminados en el acto. Los demás lograron encontrar precarios refugios entre los restos de planchas sacados de los lugares más arruinados de la nave, troncos y peñascos.

-¿Qué hacemos ahora, *boss*? -preguntó Baer, inquieto-. Somos solamente cinco y...

-...y Sutter va a echamos encima a toda la tripulación del *Alpha Persei* -terminó Dennison-. Lo único que queda es tomarlo con calma... y no asustarnos demasiado. Aún es posible que salgamos de ésta.

-¿Tú crees? -dudó el otro. Su arma despidió un vivísimo fogonazo, y Roberts tuvo que buscar otro escondite. El que tuviera hasta entonces había dejado de existir.

Siguieron un rato, disparando sin cesar. Roberts había distribuido a sus hombres de forma que, si bien no era fácil que cazaran a ninguno de los de Dennison, a no ser por casualidad, los tenían embotellados sin posibilidad de escape. Lo único que le interesaba era ganar tiempo hasta que llegase el relevo, y luego reunirse con los dos que retenían a Lizzie Perkins. Sutter ya se encargaría de dar esquinazo a Jervis y los demás.

Y de pronto comenzaron a surgir figuras desde el interior del *Alpha Persei*. Baer giró su arma, disponiéndose a demostrarles que no resultaría

fácil apoderarse de ellos.

CAPÍTULO XII

-No tiréis a dar -recomendó Dennison-. Ellos no se darán cuenta. Hacedlo únicamente para infundirles respeto y que no se acerquen demasiado.

Baer le miró asombrado. ¿Cómo diablos pensaría escapar de entre más de doscientos hombres armados, si no era eliminándoles de uno en uno hasta encontrar un medio de asustarlos? Y la gente no solía asustarse en una batalla, cuando entre su bando no se producían víctimas.

Dennison no le hizo el menor caso. Más que al curso del combate, estaba atendiendo a sus propios pensamientos. Podía imaginar, como si lo hubiera oído, el relato de Sutter a Jervis: Dennison había secuestrado a la muchacha, y él le sorprendió cuando trataba de apoderarse nuevamente de la caja. Incluso habría encontrado una explicación plausible al hecho de que antes regresara con ella, acompañado de los hombres de la *Sagitarii*: simplemente fue una jugarreta para gozar de cierta libertad y lograr llevarse a Lizzie Perkins para que pusiera en sus manos el tesoro que él no logró sacar antes de la caja, al serle imposible abrirla. En realidad estaba aliado con Roberts, quien se fingió prisionero.

Ello, aparte de la cólera natural ante semejantes acciones, les infundiría un desesperado anhelo de capturarles porque eran la única esperanza que les quedaba para salir alguna vez de Glaucia. ¿Cómo iban a lograrlo si se alejaba la nave situada ahora en órbita? Con seguridad que a Dennison no le interesaría comunicar el paradero del *Alpha Persei*.

Sonrió amargamente. Una casualidad, insignificante en apariencia, le ponía en este aprieto cuando ya palpaba el triunfo, destrozando sus bien calculados planes: ¿Cómo iba a ocurrírsele a él que Sutter mataría al pequeño *Lizzie*?

No obstante, quizá aún quedara un medio de salvación... si lograban resistir lo suficiente.

Roberts habíase esfumado en la selva apenas surgieron los primeros tripulantes de la *Alpha Persei*, y eran éstos quienes hacían un fuego graneado contra la posición de Dennison y sus hombres, valiéndose de toda clase de armas. Uno de los penados soltó su desintegrador para llevarse la mano al pecho. Herida grave, pero de bala. ¡Menos mal! se dijo Dennison. ¡Aún podía curar, si se le atendía rápidamente!

Pero, ¿sería posible esto? .

El cerco se estrechaba cada vez más. Otro de sus hombres cayó, con la cabeza volada por una descarga desintegradora, al tiempo que el arma de Baer desaparecía de entre sus dedos... Era cuestión de minutos ya para que llegara el final.

Y, repentinamente, sonó un grito de susto, seguido de otros... En pocos

segundos todos sus adversarios se encontraron enzarzados con una avalancha de seres diminutos que les impedían disparar, arrebatándoles las armas de las manos, derribándolos al suelo, amontonándose sobre ellos hasta impedirles todo movimiento...

¡Los *Lizzies* llegaban a tiempo! ¿O sería mejor decir que *LIZZIE* llegaba a tiempo? Se preguntó Dennison.

-¿Qué les pasa? -preguntó Baer, intrigado, asomando imprudentemente la cabeza. Ningún disparo saludó su gesto.

-Que nos han llegado los refuerzos, muchachos. Vamos a ayudar. ¡Localizadme a Sutter!

Era casi imposible. Miles y miles de aquellos diminutos cuadrumanos sujetaban a los tripulantes del *Alpha Persei*, aplastándolos bajo su formidable peso reunido. Finalmente, al cabo de mucho mirar, Dennison encontró al comodoro Jervis. Una simple mirada bastó para que le dejaran en libertad, apartándose sus custodios.

-Levántese, comodoro. Si promete no entrometerse demasiado, y dejarme actuar como yo crea oportuno, no les ocurrirá nada a nadie de ustedes.

El hombre estaba tan aturdido ante aquella inesperada agresión, que asintió sin pronunciar palabra.

-Diga a todos sus hombres que se agrupen a un lado. Ya no tienen armas.

-¡Es inútil, muchachos! -gritó Jervis, obedeciendo-. ¡Nos tienen cogidos!

Dócilmente se reunieron todos los antes animosos combatientes. Dennison, Jervis y Sutter quedaron cara a cara. *Lizzie* -¿cuál de ellos?- se encaramó al hombro de Ellis.

La tripulación miraba con susto a sus pequeños captores.

-¿Reconoces que has perdido, Nick?

-¿Qué remedio queda? -sin embargo esta respuesta no respondía al significado de la pregunta de Dennison. Este lo pudo comprobar por lo que siguió-: ¿Vas a largarte ahora con la caja... y con Lizzie Perkins?

-Sabes bien que no, *amigo mío*. La caja se quedará donde está, y Lizzie Perkins volverá de un momento a otro... junto con los hombres a quienes enviaste acompañándola. *Lizzie* les ha alcanzado también, así como a tus subordinados Roberts y compañía.

-¡Mientes! -se revolvió Sutter, tratando de mantener su fingimiento hasta última hora-. ¿Por qué pretendes achacarme a mí tus propias hazañas?

-Porque no me gusta adornarme con plumas ajenas. Doy a cada cual lo suyo... y no te permito segundas intenciones. Lo que *robé* sigue en poder de sus dueños... o lo estará dentro de poco. Yo jamás lo tuve más de un par de días.

Sutter palideció ahora de verdad, viendo su juego perdido.

-¡Agente Hunter! -llamó Dennison hacia el apelotonamiento de hombres vigilado por los *Lizzies*-. ¿Quiere aproximarse? ¡Usted también, señor Perkins!

Ambos salieron del grupo, obedeciendo; Perkins se encaró con él inmediatamente.

-¿Qué has hecho con mi hija, canalla? ¡Llévate la caja y su maldito contenido, pero devuélvemela!

-Ni me llevo la caja ni secuestro a su hija, señor. Si ella quiere venir conmigo, habrá de hacerlo voluntariamente.

Nadie entendió de momento aquellas palabras, salvo la interesada, que llegaba en aquellos instantes.

-Me dejaré secuestrar siempre que quieras tú, Denny.

Aquello originó una leve interrupción, debido al consabido cruce de miradas que los enamorados comprenden tan bien y que a los demás se les antoja una forma idiota de perder el tiempo.

Tomando a la muchacha por la cintura, Dennison prosiguió:

-Señor Hunter: le ruego, en nombre del general Ellis, jefe supremo del I.B.I., detenga al *agente* Nicolás Sutter. Le acuso de ser el cerebro director de la organización conocida como *Banda de los Sagitarii*.

-¿Usted? ¿Un condenado por ladrón, convicto y confeso, pretende ordenarme la detención de un agente en misión de servicio? ¡Ni lo sueñe!

-¡No sea usted idiota, Hunter! -tronó Jervis-. ¿Es que aún no se ha dado cuenta de la situación? ¡Haga lo que le dice el señor... Dennison! ¿O no se llama usted así, en realidad? -preguntó vacilante, volviéndose hacia el penado.

-Pues... -sonrió-, sí y no. Mi nombre es John Ellis Dennison. Eliminé mi primer nombre, sustituyéndolo por el apellido de mi padre al entrar en el Servicio, para que no hubieran suspicacias de favoritismos.

-¿Usted es el hijo del... del general...? -Hunter quedó con la boca abierta; Sutter casi se desmayó de la impresión.

-Combiné todo esto con el viejo. Los robos fueron auténticos, y en poder de él está depositado su producto. Sin embargo, tanto mi expulsión del Servicio como el desliz que permitió se me detuviera, fueron preparados cuidadosamente. Yo ignoraba -se volvió hacia Sutter- que tú no eras lo que parecías. Te hice servir un poco de cabeza de turco, Nick. ¡Pensar que te he tenido tantos años a mi lado, sin sospechar lo más mínimo! Me veo obligado a felicitarte por tu astucia.

-Es mayor de lo que crees, Denny. ¿Cuánto tiempo piensas que estaré encerrado? Tengo miles de hombres en libertad.

-No dudes que estarás todo el tiempo que fijen los Tribunales... y que tu banda será detenida hasta el último hombre, aunque se oculten en el centro

de una estrella. Poseo medios, no sólo de identificarles sin género de dudas, sino también de localizar su paradero.

Sutter soltó una carcajada.

-¡Ni yo mismo sé quiénes son! ¡Eres muy astuto, Ellis, pero no un mago! ¿De qué medios piensas valerte?

-Como te he dicho esta tarde, son secretos del oficio. Sin embargo te daré una prueba -aspiró profundamente-. Contigo iban varios hombres de la tripulación, a quienes no he podido identificar, ni sé cuántos son. *Lizzie*, haciendo un poco de teatro, nos los señalará. ¿Vamos, pequeño?

El animalito que tenía sobre el hombro inclinó afirmativamente la cabecita como si comprendiera lo que le decían.

Dennison caminó lentamente, con majestuosidad, imitando los movimientos de un prestidigitador en el circo, y se detuvo ante un hombre de la primera fila.

-¿Quiere usted hacer el favor de ponerse a las órdenes del comodoro para custodiar a los presos? ¿Y usted, y usted? -señaló a varios hombres-. ¡Hunter! ¡Venga usted aquí!

Se introdujo entre las apretadas filas. *Lizzie*, en un momento determinado, extendió la manita, colocándola sobre la cabeza de un hombre.

-¡Tú, fuera! ¡Hágase cargo de él, Hunter!

En igual forma fue seleccionando al resto de la banda.

-¿Te has dado cuenta, Nick? -preguntó ufano, al regresar-. ¡Ni un solo fallo!

-¡Maldito seas, Dennison! ¿Qué eres tú, un hombre o un diablo?

Ellis se limitó a sonreír misteriosamente.

* * *

-Ya está todo hecho -suspiró Lizzie Perkins. Aquella noche no había dormido nadie, y a primeras horas de la mañana recibieron un aviso desde la nave a cargo de los penados de Baer, de que dentro de dos días llegaría un transporte para hacerse cargo de ellos. Baer quedaba en libertad provisional y los demás verían reducidas sus condenas en una buena proporción-. Te ha caído un buen ayudante en suerte.

-¿Baer? -suspiró Dennison-. Me es fiel como un perro, pero tendré que vigilarle estrechamente para que no vuelva a las andadas. Me preocupa más el viejo.

-¿Tu padre? ¿Por qué? -el sol comenzaba a aparecer sobre el azul mar en calma-. Ya sé que viene también.

-Sí. No ha podido resistir la tentación de estar presente en el traslado de la primera carga de miembros de la *Sagitarii* verdaderamente importante. Lo que me asusta es que él siempre me ha recomendado que no me

aproxime a las hijas de los millonarios. Dice que son peligrosas.

-Yo le convenceré de lo contrario. No te preocupes -sonrió ella, encantadoramente.

Se hizo un silencio entre ellos. *Lizzie* ¿era el mismo u otro? saltó sobre el hombro de Dennison.

La muchacha recordó algo.

-¿A qué se debió esa providencial ayuda que te prestaron los *Lizzies* la noche pasada? ¿Tienes algún pacto con ellos?

Dennison asintió seriamente.

-En efecto, es así, aunque te parezca extraño. En realidad resulta una cosa tan extraordinaria que casi es increíble. *LIZZIE* no hay más que uno.

-¿Uno, dices? Yo he visto miles de ellos juntos, quizá millones. ¿Qué quieres significar?

-¿Sabes lo que es un organismo Gestalt? Es bastante complicado de explicar. Gestalt es una integración de miembros... que en éste caso están separados entre sí, físicamente. Sin embargo se trata de un solo ser... podríamos decir que con varios cuerpos. Forman una sola unidad mental y, por tanto, están en comunicación telepática todos sus miembros... ¿Vas comprendiendo?

-No demasiado -reconoció ella francamente-. Pero supongamos que sí. Sospecho que, si continúas explicándome lo que es, acabaré hecha un lío. ¿Y como te pusiste en relación con ellos?

-Yo, no. Fueron ellos los que se me acercaron. Hace varias noches, los dos que teníamos en la *Alpha Persei* me hicieron salir a la selva. Allí me encontré con un verdadero cónclave de ellos... Debían haber millones. Es tanta su fuerza mental reunida que lograron establecer contacto telepático conmigo. Me explicaron que su deseo era servir a la humanidad, ayudándola a ser mejor. Sabían muchísimo de nosotros por lo que habían captado en nuestras mentes. ¿Recuerdas la aversión que demostraban al principio hacia las personas que podían tener malas intenciones? -ella asintió mudamente-. Ellos son buenos y simpatizan con el bien; por ellos nos valdremos para eliminar, no sólo a los restos de la *Sagitarii*, sino a todos los demás de su misma calaña.

-El mundo puede recibir un buen impulso con ellos -dijo la muchacha pensativamente.

-Sí. Son inteligentísimos. Creo que incluso podrían ser capaces de desplazarnos con esa facilidad de pensar en común. ¿Imaginas a dónde puede alcanzar un cerebro cuyo desarrollo sólo tiene como límite el infinito? Cuantos mas seres de estos hayan en el Universo, más potentes serán. Afortunadamente su misma forma de ser les impedirá abusar de esa superioridad. Todos ganaremos con ella.

-Si contabas con la ayuda de los *Lizzies*, ¿cómo te dejaste sorprender

por Nick Sutter? -inquirió.

-Los dos que teníamos estaban advertidos. Pero cuando él mató al tuyo, no pudo éste dar la alarma. Empezó con suerte, aunque al fin se pudo enmendar la cosa.

* * *

John Ellis Dennison había acertado en sus temores acerca del recibimiento que su padre haría a una futura nuera dotada con una pila de millones capaz de marear al más sereno. Pudo comprobarlo cuando, luego de hacerle una relación de los acontecimientos, puso al viejo frente a Elizabeth Perkins.

-General -siempre le llamaba así en privado-. Te presento a la futura señora de John Ellis, Júnior.

John Ellis, Senior, se la quedó mirando como lo haría un biólogo con un microbio raro a través del microscopio.

-De fachada no está mal -reconoció-. ¿No tiene nada detrás? Por lo regular la gente lleva algo más que un tipo. ¿Cómo se llama?

-Elizabeth Perkins; es la hija de...

-¡No! -tronó el general-. ¿Mi hijo pretende casarse con la hija de ese millonario cascarrabias de Perkins? ¡Nunca en mi vida! ¡Te expulso definitivamente del Cuerpo! ¡Te degrado! ¡Te..., te...! -no se le ocurría ningún otro daño que hacerle-. ¡Te lo prohíbo terminantemente!

Ellis quedó consternado.

-¡Pero padre...!

-¡Ni padre, ni infiernos! ¡No soy tu padre mientras persistas en esa descabellada idea!

La muchacha ocultó el rostro con las manos, agitando los hombros con los sollozos.

-¡Dios mío, qué desgracia! -hipó-. ¿Este es el hombre santo de quien me hablabas, Johnny? ¡Un ogro sí es! ¿Qué culpa tengo yo de que mi padre sea millonario?

El viejo empezó a ablandarse un poco, al cabo de cinco minutos de lamentos de este estilo.

-Bueno, señorita -concedió, colocándole consoladoramente la mano sobre la espalda-. A veces uno se equivoca. No todas las hijas de millonarios han de ser unas niñas consentidas y...

-¿De veras lo cree usted así? -Lizzie levantó la cabeza, mostrando un rostro sin traza de lágrimas-. ¡Ya sabía yo que, en el fondo, era un ángel!

Se precipitó sobre él, avasallándole con sus besos y abrazos. El general pidió auxilio en el acto.

-¡Johnny! ¡Johnny, hijo! ¡Quítamela de encima! ¡Cásate con ella, pero...!

Nunca se supo lo que había querido decir, porque los labios de Lizzie se oprimieron contra los de su futuro suegro, cortándole el habla.

FIN

201

Los vaticinios del extravagante profeta se cumplían al pie de la letra. La peste azotaba la Tierra amontonando los cadáveres en las calles, la Ciencia se declaraba impotente para destruir las bacterias portadoras del cólera y la Humanidad entera parecía irremisiblemente condenada al aniquilamiento.

Mientras tanto, en un satélite de Júpiter llamado Ganimedes, el falso profeta lleva a cabo un experimento de masas conocido por

LA LOCURA DE BEVINGTON

Hombres y mujeres de todo el mundo, transportados en las poderosas cosmonaves de Bevington, se convertían en fanáticos seguidores de una nueva religión, abjurando de sus primitivas creencias para conseguir una choza de troncos en la «nueva Tierra de Promisión»

Por espacio de unos meses, la Humanidad estuvo al borde de su exterminio a manos de aquel loco conductor de masas. ¡El castigo anunciado procedía de su propia e impía mano! Y un puñado de hombres desesperados tuvieron que ir a Ganimedes para secuestrar al único hombre que todavía podía salvar al mundo.

LA LOCURA DE BEVINGTON

por VAN S. SMITH

nos presenta la visión aterradora de un mundo que se cae a pedazos.

Lea tan singular novela en el próximo número de esta interesante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **6** pesetas.

Notas

[←1]

Se trata, en inglés, de dos palabras a cuál más insultante: "Shylock" es el nombre de un cruel y codicioso usurero, personaje de la obra de Shakespeare *El Mercader de Venecia.* "Shy", significa tímido, miedoso, falto de algo...

[←2]

Como se ha apuntado con anterioridad, *Hell's Corner* significa "Rincón del Infierno". Dennison hace aquí un juego de palabras, puesto que *Hell* es simplemente el Infierno, adonde lógicamente deben ir los asesinos. También quiere significar que a los culpables de este delito se los ejecuta, no condenándolos a trabajos forzados.